



Dirma Pardo Carugati

Cuentos de tierra caliente

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Dirma Pardo Carugati

Cuentos de tierra caliente

A manera de prólogo

Quien haya leído ya narraciones de Dirma Pardo Carugati -por ejemplo los notables cuentos de *La víspera y el día* (1992)- no experimentará un asombro inesperado ante un estilo tan natural, tan pulido, tan transparente y la estructura magistral de *Cuentos de tierra caliente*. Estos últimos relatos son tan excelentes como los del libro antes mencionado. Entre las varias formas con que se manifiesta el talento literario de Dirma Pardo, hay una que prestigia el volumen de 1992 y que también contiene su obra posterior. Me refiero al arte nada común de convertir en cuentos muy de nuestro tiempo temas milenarios. Por ejemplo el tema del regreso al hogar después de una guerra -el caso de Ulises u Odiseo narrado en *La Odisea*, o los amores nada edificantes del rey David y Betsabé en *Samuel*, 11-23, o el hallar inspiración para un relato como «*La sentencia*» nada menos que en William Shakespeare: y estos logros se llevan a cabo en el arte de Dirma Pardo sin un mínimo de alarde de erudición, algo que no sucede en uno de sus más venerados maestros, a saber, Jorge Luis Borges.

Detengámonos en los amores pecaminosos del rey poeta y Betsabé según nos los cuenta *Samuel*. ¿Qué hace Dirma para dramatizar una historia semejante en el siglo XX? Pues elige dos personajes tan universalmente famosos que ella no necesita darles sus verdaderos nombres. El rey de Israel se metamorfosea en un presidente norteamericano en plena campaña electoral y la hermosa Betsabé se transforma en una mujer no menos bella, la actriz más célebre de su tiempo.

Y estos amores del presidente asesinado en 1963 se cuentan como algo que está pasando en los Estados Unidos. ¡Qué convincente este relato titulado «*David and Betsy*»! Vemos a Kennedy rodeado de sus ayudantes más adictos, que no vacilan en actuar como cómplices en el adulterio. Las escenas son tan vívidas como imágenes de un buen film.

Lo más impresionante del relato es el suicidio de esta Betsabé del siglo XX. Un suicidio en cuya evocación no se cargan las tintas, sin «giros poéticos» para deslumbrar al lector, giros que a menudo, más que deslumbrar, distraen la atención; un suceso narrado con naturalidad y engañadora sencillez y, no obstante, auténticamente poético.

En «*La sentencia*» -este relato es de los de *Tierra caliente*- un juez muy justiciero, insobornable, se encuentra estupefacto ante un crimen cuyo autor ha confesado su culpabilidad y en cuyo expediente abundan claras razones condenatorias, no puede aceptar, sin embargo, los testimonios que abrumadoramente acusan al encausado. Él ha dado muerte a su tío, segundo esposo de su madre viuda. El juez pasa la noche en vela la víspera de la sentencia. Una intuición que a sí mismo no puede explicarse, le hace sospechar un enigma. Y a altas horas de la noche acude a su biblioteca, pero a un anaquel en que los volúmenes

no son de obras jurídicas. Y en la tragedia del príncipe Hamlet halla la inspiración que descifra el intuido enigma: el asesino ha vengado la muerte de su propio padre. Su tío fue otro Claudius. Su madre otra Gertrude.

Otro relato de Tierra caliente es el ya aludido, el que se inspira en La Odisea de Homero. El hijo de Laertes, el Ulises u Odiseo fecundo en ardides, el de la esposa fidelísima asediada por audaces pretendientes merced a los ardides literarios de Dirma Pardo, se convierte en Eliseo Lahaye; la guerra de Troya, en la de la Triple Alianza contra el Paraguay; Penélope en Petronila y Telémaco en Teófilo. Odiseo regresa a Ítaca, tras largos años de ausencia en que conoció a su enamorada ninfa Calipso, la cual lo retuvo diez años en la isla de Ogigia, y luego conoció a la divina Circe, y a Nausícaa en la isla de los feacios... Odiseo, gran guerrero, no era precisamente un marido fiel.

El regreso de Eliseo a Itauguá es menos feliz que el de Odiseo a Ítaca. Cierto es que el héroe paraguayo no necesita llevar a cabo una matanza de pretendientes como el héroe homérico. El lector verá por qué se asegura esto de la no felicidad del retorno al pueblecito paraguayo.

Lo que sí debe destacarse aquí es la ingeniosidad de Dirma Pardo en el hallazgo de «similitudes» entre detalles del poema épico y lo que ella narra en unas páginas sobre el melancólico retorno y el encuentro con Petronila. Entre paréntesis, Itauguá se pronuncia usualmente como Itaguá, nombre así más parecido a Ítaca.

Nuestra autora, en 1995, obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos del Club Centenario. El relato galardonado se titula La casa de las tres piedras. ¡Qué complejidad la del relato! Podría decirse que es toda una novela condensada al máximo. Esta obra revela otra faceta del arte narrativo en Dirma Pardo: la capacidad de crear todo un mundo asentado sobre poco espacio, sin que la dicha complejidad induzca a la menor confusión en la mente del lector.

Y es que Dirma Pardo sabe cómo debe escribirse un cuento; comprende a fondo la necesidad insustituible una firme estructura y atiende esta necesidad con el mismo rigor con que un buen sonetista ha de trazar los dos cuartetos y los dos tercetos con las rimas requeridas.

Lo esencial para ella no son ringorrangos estilísticos sino un argumento interesante y un poner en resalto lo que constituye el esencial contenido de una narración. Y esto merced a un estilo que debe transmitir los sentimientos, las emociones, el dramatismo -o la comicidad- de un sucedido ficticio o no del todo ficticio.

Entre los galardones más importantes que ha merecido nuestra autora figura el premio otorgado en el Concurso Latinoamericano Mujeres Profesionales de Chile, por el cuento «Ingratitud». Solamente hubo diez premios en la patria de Gabriela Mistral, Marta Jara, Isabel Allende, etc.

Solamente diez autoras latinoamericanas fueron premiadas. Ocho de nacionalidad chilena y dos de nacionalidad paraguaya. Sus nombres son Dirma Pardo Carugati y Yula Riquelme de Molinas.

Estas dos escritoras honran el Taller Cuento Breve de Asunción, en el que se destacan como las más originales en la inventiva.

Hugo Rodríguez-Alcalá

A primera vista

Caluroso y seco como pocos, el verano del 91 castigó con fuego y polvo aquella zona inhóspita, en la que, como un esqueleto descarnado por los cuervos, se erguía la torre perforadora cercana a la precaria casa.

Desde allí, hasta donde llegaba la vista, todo era monótono, una sabana grisácea en la que el camino de tierra, resquebrajado y ardiente, era una cicatriz en el pastizal agostado. De trecho en trecho, algunos cocoteros, únicos sobrevivientes de la sequía, se destacaban solitarios en el paisaje desolado.

El calor sofocante que sigue al mediodía obligaba a buscar refugio a la sombra. Los patrones dormían en la casa, tras las cortinas de arpillera; los peones y los perros descansaban bajo un cobertizo improvisado con hojas secas de palma. Era la hora en la que ni hormigas ni lagartijas se atreven a salir de sus guaridas a desafiar la arena caldeada.

No habría brisa, ni canto de pájaros, ni un murmullo. El mundo parecía aletargado.

Ahora, aterida de frío, en una noche oscura, lejos del que fue su hogar, Dinga recuerda aquella tórrida siesta de febrero y se pregunta si la llegada de aquel hombre y todo lo que sucedió después no fue sólo un delirio febril.

Sin embargo, todo ocurrió en realidad; así lo tenía dispuesto su destino. Hoy, ella es libre como el viento y él está preso por tráfico de autos robados. Pero ella, en su simpleza, sólo puede imaginarlo tal como lo vio por primera vez.

Aquella siesta, parecida a otras tantas, todos descansaban somnolientos y perezosos, con los ojos semicerrados a causa del resplandor de la resolana, cuando de pronto, como una aparición irreal entre los engañosos reverberos del horizonte, en medio de la polvareda, llegó el auto con ese hombre...

La madre, que se había echado a dormir en una vieja y rotosa reposera, fue la primera en darse cuenta de que un vehículo se acercaba. Primero levantó la cabeza, alerta, para escuchar mejor, luego despertó al capataz. Entonces, también los otros empezaron a oír el jadeo convulsivo de un motor atorado.

Un polvoriento convertible rojo se detuvo frente a la tranquera abierta. El fulgor del sol sobre el cristal del parabrisas irradiaba destellos enceguecedores.

Los hijos de los peones pronto rodearon el automóvil desconocido; no había muchas oportunidades de ver uno de cerca, aunque en los últimos tiempos, de tanto en tanto, cual visiones fugaces, vehículos de todos los colores pasaban velozmente, siempre con rumbo al norte.

Ante la presencia del extraño, los perros empezaron a ladrar, más por diversión que por bravura; eso solían hacer con las liebres y las comadreas. Conciliador, el capataz los aquietó y se acercó al forastero, a preguntar qué se le ofrecía.

Desde cierta distancia, Dinga, curiosa pero tímida, miraba con atención.

Cuando él abrió la portezuela, lo primero que ella vio fueron sus botas. Eran unas botas de cuero bruñido, de media caña, de las que usan los uniformados.

«¿Puede alguien enamorarse de un hombre sólo por el encanto de sus botas?

Algo así me sucedió, porque fui recorriendo con la vista, de abajo para arriba, la figura del recién llegado y, cuando alcancé la altura de sus ojos pardos, ya estaba desde antes irremediabilmente enamorada.

Mamá, desconfiada como siempre, lo miraba con recelo. Sólo un trotamundos o un fugitivo habría acertado a pasar por este paraje perdido donde vivimos por la obstinación del patrón que sigue buscando petróleo».

Pero el extraño sólo quería agua y estaba dispuesto a pagarla. Venía de lejos y se iba lejos, sin embargo, no parecía estar extraviado ni demostraba tener prisa.

Hizo varias veces el trayecto desde el brocal del pozo artesiano al automóvil, mientras Dinga, arrobada, no podía dejar de mirarlo.

Era muy alto, sus pantalones de mezclilla ceñidos a sus largas piernas destacaban su estatura y un grueso cinturón con hebilla de bronce -cuya dureza ella después conocería- le marcaba la cintura estrecha. En el pecho, la camisa entreabierta dejaba asomar una maraña de vello ensortijado donde brillaban gruesas gotas de sudor. Su cara, agradable y joven, mostraba, no obstante, el flagelo de la intemperie. Sus cabellos, despeinados por todos los vientos, se habían teñido del color de los caminos.

En un balde de latón cargó el agua y la vertió en el radiador candente. Con un chistido intenso, el líquido empezó a hervir a borbotones, hasta que se aplacó la furia del metal sediento.

El hombre bebió el último sorbo del cubo, luego de recargar su cantimplora. Agradeció al capataz con un apretón de manos y empezó, lentamente, a dirigirse a la salida.

«Pasó a mi lado y se detuvo. Por fin parecía verme. Me observó por un momento, no sé si con simpatía o por pura curiosidad. Yo sabía que era fea; muchas veces habían dicho frente a mí que de todos los hijos que había tenido mi madre -de distintos padres, desde luego- yo era la menos favorecida por la naturaleza.

El forastero segurito pensaba lo mismo, pero, tal vez por lástima, extendió la mano y, sin atreverse a una caricia, me palmeó compasivamente la cabeza.

Todo mi cuerpo vibró al contacto de su mano. Era el instante preciso: ahora o, quien sabe, nunca. Y tomé la decisión».

La madre de Dinga se dio cuenta de todo... Se adelantó unos pasos pero no intentó detenerla; sabía que sería inútil. Los hermanos se inquietaron. El mayor la miró con reproche. Pero nadie hizo nada; parecía que todos habían comprendido que aquello que fatídicamente habría de ocurrir alguna vez, finalmente, estaba sucediendo.

«Aunque yo no hablaba su idioma y tal vez él no comprendiera el mío, le supliqué al viajero que me llevara consigo.

Él titubeó. No sé si estaba sorprendido o cavilaba sobre la posibilidad de hacerse cargo de mí. Pero mis ojos implorantes le urgían a decidirse».

Desconcertado, el hombre miró a la madre; ella fingió indiferencia oteando la lejanía. Se dirigió al capataz con un gesto interrogante, y éste, con un guiño cómplice, le contestó: «Puede servir de compañía».

«Él nada más me hizo una seña y empezó a dirigirse al automóvil. Yo caminé a la par. Abrió la portezuela y sin ninguna cortesía me dijo: «Cuidado con el tapizado; lo tengo que entregar sin un rasguño». Pero yo no me iba a ofender por eso. Me acomodé a su lado, resuelta a seguirlo hasta la muerte».

Echó una última mirada a la casa donde había nacido, miro a su madre y a sus hermanos, pero no sintió remordimientos ni tristeza. Y se alegraba de que los patrones no la vieran partir, total nunca les importó bastante.

«Ahora tenía un nuevo patrón, haría lo que él quisiera, iría donde él me llevara y no me incomodaría aunque tuviese que dormir en el suelo, junto a sus botas. Sólo quería estar con él. «La vida será distinta», pensé. Y por supuesto que lo fue.

No recuerdo exactamente cuánto tiempo duró nuestro absurdo deambular. Ignoraba por qué hacíamos varias veces el mismo trayecto pero con diferentes vehículos.

Aquella primera vez, cuando por fin llegamos donde debía quedarse el convertible rojo, me di cuenta de que, para nosotros, ese no era un punto de llegada.

Cuando subimos al jeep que nos dieron para el regreso, mi amo, ceñudo, escupiendo maldiciones me dijo: «Nosotros no tenemos amigos», mientras contaba su dinero con disgusto, «vos sós la única que nunca pide nada».

Y volvimos hacia el sur y luego volvimos a empezar...».

Vagaban por caminos que llevaban a poblados pequeños o a dilatadas planicies desiertas. Paraban en gasolineras o en algún motel de mala muerte si el clima lo exigía. Otras noches se acostaban sobre la tierra aún caliente, cara al cielo, mirando el silencioso titileo de millones de estrellas. Entonces, ella se apoyaba en él, con la cabeza sobre sus piernas, y él hablaba largamente, como si confesara su vida, sin esperar respuestas, tal cual como si sólo hablara para escucharse a sí mismo, hasta que se quedaban dormidos. Despertaban cuando el sol empezaba a empujar la noche. Entonces recomenzaban la nómada aventura.

«Tengo muchos recuerdos, buenos y de los otros, a veces el hallazgo de un riacho nos deparaba gozosos chapuzones o silenciosa pesca, por el mero gusto de atrapar a los esquivos peces. También intentábamos cazar mariposas o atrapar pajaritos desprevenidos en los matorrales.

Un día, de un escondrijo del coche sacó una pistola y me apuntó riendo. No me gustaban esas bromas: muchas veces había visto entre la peonada cómo funcionaban las armas. Sabía que me hallaba indefensa, y aunque retrocedí por instinto, hubiera sido en vano tratar de defenderme. Entonces, lentamente, él giró hacia su izquierda, apuntó el promontorio de un hormiguero y disparó con un ojo cerrado. «No hay que perder la puntería», comentó satisfecho, a manera de explicación.

Era en esos momentos cuando yo veía en sus ojos ese brillo que no me gustaba, que me daba miedo. No obstante, yo no me podía quejar: una sola vez desobedecí una orden y sentí sobre mi espalda el chasquido de su cinturón. El dolor y la tristeza me tuvieron mal un tiempo, pero pronto aprendí a conocer su humor variable y procuraba no irritarlo. Yo no pedía mucho para ser feliz. Aquel día cuando resolví irme con él ya había quedado establecida nuestra relación: «Yo lo amo y él es el amo». Eso bastaba para mí. Lastimosamente, no era suficiente para él.

Lo comprendí una noche, cuando regresábamos de una entrega. Una lluvia terca nos obligó a pernoctar en un parador del camino. Estábamos en el cuarto, después de la cena, y yo lo notaba serio y silencioso. Él lustraba cuidadosamente sus botas -que, dicho sea de paso, nunca me dejó limpiarlas-. De pronto, se incorporó, miró su reloj pulsera, quedó un momento inmóvil y luego, con decisión, tomó el teléfono y marcó unos números. Esta vez no eran negocios. (De todos modos, luego habría de lamentar haber hecho esa llamada

delatora). Hablaba suavemente, susurraba, pero también escuchaba. Su semblante había cambiado, animado por una sonrisa que ya casi había olvidado. Yo fingía dormir, asustada por malos pensamientos.

Cuando terminó su conversación, con una alegría que no le conocía, me alzó en sus brazos y me estrujaba mientras repetía: «Nos vamos a casa, Dinga, ¡a casa!».

A la mañana siguiente había terminado la lluvia. Y empezó nuestro viaje, esta vez con rumbo fijo.

Con pena me di cuenta de que llegaba el otoño, con un viento fresco que travesaba con las hojas caídas».

Llegaron a un pueblo y a medida que se internaban en él, crecía el bullicio. Ella nunca había estado en una ciudad, en cambio el conductor conocía muy bien sus callejuelas; pronto llegó donde quería. Se detuvieron ante una casa de altas rejas. Una mujer joven salió corriendo con los brazos extendidos.

Apenas tuvo tiempo mi patrón de bajar del jeep y ponerse de pie, que ya estaban abrazados, besándose y besándose. Yo no entendía si reían o lloraban o hacían las dos cosas a la vez.

De pronto, la mujer me vio. Allí estaba yo, como una tonta, sin saber qué hacer.

-¡Dios mío, qué fea! ¿De dónde salió esa vagabunda? -exclamó.

-Déjala, es inofensiva. Puede dormir en la cocina -dijo él.

Esa noche, mientras oía las risas de placer en el cuarto contiguo, mientras imaginaba a los amantes en un abrazo interminablemente renovado, mientras escuchaba las tiernas palabras para mí desconocidas, tomé las botas y las destrocé cuanto pude, con los dientes y con las garras.

Salí a la calle, justo cuando llegaban los policías que habrían de arrestar a mi último dueño.

«Tienen razón -me dije, solo soy una perra vagabunda y ya no quiero tener más amos».

Corrí hacia la esquina, donde otros perros ladraban.

El almacén cambió de nombre

Ante la puerta de su almacén, lentamente se bambolea don Alí, en un vaivén acompasado que a cada balanceo hace rezongar el mimbre reseco de la mecedora.

La camiseta, en la que los años fueron tejiendo agujeros, se le pega al cuerpo sudoroso y el tendero intenta refrescarse agitando un abanico de palma ante su cara barbuda.

Va y viene la pantalla, en sentido contrario al oscilar del sillón, como si fuera un movimiento autónomo, ajeno a la voluntad del hombre que lo causa.

Así anda el pobre viejo desde que se quedó solo, la vista extraviada en lontananza, mirando sin ver nada, como si la melancolía lo hubiera enmarañado en nebulosos laberintos. Si algún lugareño lo saluda, contesta con un gruñido, que no se sabe si es una palabra en su idioma o es nada más que un ronco carraspeo, para indicar que está vivo.

De allí a allá, el sillón aplasta la tierra colorada; de aquí a acá, la pantalla mueve el aire caliente de la tarde.

Varios usos aprendió Alí a dar a ese abanico, que igual le servía para espantar un moscardón cargoso, como para darle un pícaro palmetazo en las asentaderas a Damiana, cuando ésta acertaba a pasar por ahí, escoba en mano.

-¡Pero, patrón, qué zafado! -fingía protestar la mujer, aunque en el fondo parecía gustar de esa torpe y mísera muestra de cariño.

La verdad es que nadie sabía si don Alí la quería o no a la Damiana. «Nunca le dio su lugar», decían las murmuraciones. Pero sí le había dado cuatro hijos en cinco años, cuatro chiquillos que inequívocamente tenían la piel morena de su madre y los vivarachos ojos claros de su presunto padre.

Tampoco nadie podía saber con certeza si realmente era don Alí el progenitor de los hijos de Damiana, pero lo daban por seguro, puesto que él, aunque sin mucho trato, los toleraba de vez en cuando en su casa y, sobre todo, porque ella no tenía hombre que se le conociera, pese a que era joven y bien formada.

Muy pocos recuerdan ya cómo y cuándo llegó don Alí, ni por qué resolvió quedarse.

En aquellos años, el hombre iba y venía con los destartalados autobuses de la línea, compartiendo asiento con alguna vendedora de gallinas o de yuyos medicinales, con transpirados jornaleros y soldaditos con licencia. Se hospedaba en la única posada que ostentaba el letrero de «Hotel» y empezaba a recorrer los alrededores con una valijita de cartón prensado. Vendía de todo: cortes de seda floreada para los vestidos domingueros, perfumes, peines y peinetas, abalorios, chucherías, betún, cordones para zapatos y el almanaque Bristol, que era una especie de oráculo para los lugareños.

Por esos parajes nadie se preocupaba por saber qué diferencia había entre sirios, árabes o libaneses y para evitarse complicaciones Alí era conocido como «el turco».

El turco tenía mucha clientela por ser un precursor de los créditos a largos plazos, que por aquella época eran «a sola palabra» y sin intereses.

Los viajes mensuales se fueron convirtiendo en quincenales, hasta que acabó instalándose «formalmente» en una casita de paredes revocadas, pintadas de azul, con salón de ventas al frente, en el que abrió una tienda-almacén de ramos generales. Tiempo después, cuando fue conociendo mejor el idioma del país, Alí hizo pintar en la fachada las palabras «Bella Aurora», porque así se llamaba la mujer amada que lo esperaba en Tabríz.

Por una u otra razón, lo cierto es que resolvió quedarse por un tiempo en ese pueblo amistoso.

Era un pueblo con nombre de santo. Nadie le supo explicar bien al joven Alí qué milagro había hecho el bendito para llegar a ser el patrono, cuyo martirio y muerte eran conmemorados con un día feriado, con tal entusiasmo y alboroto de bailes y petardos, que más parecían celebraciones jubilosas que honras fúnebres.

Pero el prócer local era, sin duda, un guitarrista que un día se largó «allende los mares» y deslumbró al mundo con sus facciones aindiadas, su vestimenta exótica y, por supuesto, con sus dedos prodigiosos que arrancaban increíbles arpegios de un hermoso instrumento de cuerdas al que abrazaba como a un cuerpo de mujer.

Todos en el pueblo, aun los que no lo habían conocido ni habían escuchado jamás sus interpretaciones, estaban empeñados en la repatriación de los restos del músico, pues el pródigo hijo de esa tierra había fallecido en suelo extraño, en no muy claras circunstancias.

Al turco Alí le habían pedido en varias oportunidades una contribución para la campaña de recuperación de las veneradas reliquias. Pero él, no por tacaño, decía, sino porque era un hombre práctico, se había negado siempre y, más que nada, porque él también tenía una campaña: la de su propia repatriación. Y ese sí que era un compromiso.

Recordaba don Alí que él aún no había cumplido veinte años cuando dejó la casa paterna, alentado por unos amigos que habían venido a América a hacer fortuna, al parecer con éxito y sin mucho sacrificio. Sólo una condición le puso su padre: le hizo jurar que por lo menos una vez en su vida iría a La Meca, a besar la negra piedra de la Caaba.

En realidad, en América las cosas no fueron tan sencillas. Alí no llegó a poseer grandes riquezas; era dueño, sí, de un buen pasar, llevaba una vida tranquila, sin apremios, pero nunca había olvidado su promesa.

Apenas se instaló, al dejar el comercio ambulante, puso todos los billetes que había ido ahorrando en un transparente y panzudo botellón. No era hombre de confiar en bancos y papeles, pero tampoco era tonto y sabía convertir sus dineritos en moneda fuerte que siempre se estaba revalorizando.

A simple vista se llenaba la vasija, adorno y recordatorio, y se iba acortando la distancia, acercando el Haram del juramento.

-Cuidado con la botella -le decía a Damiana, cuando ella limpiaba.

Damiana comenzó yendo a la tienda del turco por unas horas para lavarle la ropa. Luego fue quedándose más tiempo para cocinarle alguna cosa y, finalmente, se acomodó en el cuartito del fondo y se quedó «para todo servicio».

Diligente e inquieta como una hormiga, desde entonces se ocupó de todo en la casa: criaba a sus hijos como podía y hasta sabía administrar el negocio, porque cuando el señor iba a la capital por diligencias, ella despachaba mercaderías. En esos casos, ya lo sabían los parroquianos, no había fiado, ni rebaja, ni «yapa», que eran atribuciones del dueño, quien los concedía a su antojo.

Fiel como un perro que se conforma con ser parte de las pertenencias del amo, Damiana no tenía exigencias ni ambiciones. Alí había hecho de ella una leal sirvienta, que ni comía a su mesa ni dormía en su cama. A veces, en broma, la llamaba «Luz Nocturna» recordando a la esclava de su tocayo Alí Babá, la que -según el cuento- era capaz de dar la vida por su señor.

Damiana nunca tuvo tiempo para preguntarse si le gustaba esa vida, pero parecía contenta, sobre todo cuando reía a carcajadas a causa de los furtivos pellizcos del patrón.

Era cierto, nunca se había imaginado tener otra existencia. Nunca, hasta que llegó, en una ruidosa motocicleta, un cliente nuevo, que no había sido visto antes por el pueblo.

El hombre joven dijo que buscaba un repuesto que, claro, no tenía don Alí. Miraba todo, pero más miraba a la muchacha, ella tampoco ocultaba su curiosidad.

Cuando ya salía de la tienda, el extraño se acercó a Damiana y en voz baja la invitó al baile de la noche siguiente, en el Palacete Municipal, baile que durante días se había estado anunciado por altavoces.

Esa víspera, por primera vez, la ingenua mujer tuvo dificultades para conciliar el sueño.

A la mañana siguiente hizo su trabajo como siempre y luego llevó a sus hijos a casa de su madre -que era donde casi siempre estaban- y empezó a planchar el más nuevo vestido que tenía, regalo navideño del señor Alí.

El patrón miraba los preparativos, daba vueltas como un animal antes de echarse adormir, hasta que no pudo contenerse y preguntó:

-¿Te vas a la fiesta, Damiana?

-Sí, señor. Me invitaron y si no me necesita, como es feriado, quiero irme, patrón.

-Yo también pensaba ir... -dijo el turco sin terminar la frase. Ella levantó los hombros y siguió planchando. Él también pareció dar por concluido el tema, pero en realidad no estaba terminado el caso; apenas comenzaba, como se comprobó después cuando se reconstruyeron los hechos.

Damiana y el joven forastero bailaban, pegaditas las caras y juntitos los cuerpos. Cada tanto él le hablaba al oído y ella lanzaba una espontánea carcajada, inaudible en el fragor de la música electrónica, pero expresiva, como todo lo que ella hacía, sin cálculo y sin medida.

Sentado junto a una mesita ubicada en primera fila sobre la pista de baile, don Alí, ante un vaso de caña blanca, con frecuencia recargado, miraba a los bailarines con indescifrable semblante.

Pero Damiana bailó y rió más de lo conveniente y Alí bebió más de lo tolerable.

Justo cuando los jóvenes se movían, en una de esas danzas de moda en las que la pareja más que bailar se contonea frente a frente prometiéndose con la mirada quién sabe qué placeres, el turco furioso irrumpió en el ruedo. Tomó de un brazo a Damiana, la apartó a un costado e intentó con los puños cerrados castigar al seductor.

Nada más recordaba Alí cuando amaneció en su cama, contuso, dolorido, con la boca pastosa, luego de haber sufrido vívidamente horribles pesadillas. Primero soñó con Damiana que bailaba la danza de los siete velos, haciendo sonar los cascabeles que adornaban sus brazos y tobillos. Luego vio venir a un joven sheik, parecido a Rodolfo Valentino, que raptó a la mujer huyendo en un camello veloz como un caballo. Pero resultó ser el «rockero» el captor que la llevaba a horcajadas en el asiento posterior de la motocicleta. «Menos mal que fue sólo un sueño», se decía.

No tenía noción de cuánto tiempo había dormido y trataba de recordar cómo se acostó y cómo ordenó sus ropas y zapatos.

No encontró a Damiana por ningún lado. En la cocina le sorprendió ver el fuego encendido Y sobre él la pava humeante que, supuso, ella dejó para el mate.

Abrió la tienda. Todo estaba tranquilo, silencioso, como ocurre después de los feriados. Ya el sol bajaba, a punto del ocaso, de modo que Alí entró a buscar su sillón, pues necesitaba pensar en muchas cosas.

En ese mismo momento oyó el rugir de la motocicleta e inmediatamente vio entrar de nuevo al forastero. Pero esta vez el visitante lo amenazaba con un arma. En tono burlón, sin dejar de apuntar al sorprendido Alí, le dijo:

-Me contaron que tenés una botellita que a mí me interesa mucho. No te hagas el valiente porque ya sos hombre muerto. ¡Traéme la damajuana! -ordenó.

El pobre tendero estaba anonadado. Eran muchas emociones juntas: reconocía al hombre que desde el día anterior odiaba; se encontraba indefenso ante él y, lo peor, comprendía que tuvo que ser Damiana -a quien creyó tan fiel- la que le contó al intruso la existencia del botellón de sus ahorros.

-¡Vamos, vamos, de prisa! -urgía el asaltante-. Total ya no te servirá de nada ese dinero.

Inesperadamente, de la trastienda apareció Damiana, con una palangana entre ambas manos y, sin decir «agua va», arrojó el hirviente contenido al maleante.

Con un aullido y una maldición, entre el susto y el dolor, el forajido cayó al suelo retorciéndose; había soltado el revólver para cubrirse el rostro con las manos, lo que aprovechó Damiana para dar un puntapié al arma y mandarla debajo del mostrador.

-¡Pronto, patrón! -decía la muchacha al ver que el asaltante se había dado un golpe y estaba medio desvanecido. Tomó un cinturón de cuero de los que pendían en un exhibidor y amarró juntas las muñecas del bandido, mientras don Alí hacía lo mismo con los tobillos.

Damiana fue corriendo a buscar ayuda, dando voces por el barrio. Casi juntos llegaron el coche policial y la ambulancia del centro de salud que, afortunadamente, ese día tenía combustible.

Autoridades y paramédicos se abrieron paso entre la multitud de mirones.

El asaltante frustrado no parecía estar muy grave, pero se hallaba totalmente empapado, tenía el rostro enrojecido y el corte en la cabeza sangraba.

Todos estaban allí: el intendente, el párroco, el juez de paz, los vecinos solidarios y curiosos. Todos querían ver al comerciante asaltado, que posaba ante el fotógrafo de un diario, con su damajuana-alcancía entre los brazos.

«La vida es tan frágil como un recipiente de vidrio -anotaba el cronista policial en su libreta- y esta vez, por pura suerte, ambos se salvaron», apuntaba para el epígrafe, orgulloso de su hallazgo literario.

-¿Qué piensa hacer en el futuro? -interrogaba el corresponsal del diario capitalino.

-No sé. No sé -decía el entrevistado-. Tal vez amplíe mi negocio y voy a comprar una caja fuerte.

Pero, bromas aparte, algo había cambiado en Alí con la proximidad que había tenido con la muerte. Al ver al cura pensó en los hijos de Damiana que no habían sido bautizados ni tenían su apellido. Al saludar al intendente (que también presidía el mentado comité repatriador) ya no le pareció tan absurda la campaña.

Cuando por fin todos se fueron a sus casas y terminó el jaleo, recordó que aún no había dado las gracias a Damiana.

La encontró en la cocina, sentada junto al fuego de agonizantes tizones, brillosos los Ojos, laxos los brazos sobre la falda arrugada.

-Ven, Damiana -murmuró, tomándole de la mano-. En verdad, eres «Luz Nocturna», yo siempre te lo dije.

La llevó a su dormitorio. Puso un disco en su antiguo gramófono, a manera de fondo musical, y por primera vez en todos estos años desde que la conocía, la atrajo hacia su pecho en un abrazo.

Un vals vienés sonaba en la radiola y Alí, con una reverencia, se inclinó ante Damiana y la invitó:

-¿Me permite este baile, señorita?

Ha caído la tarde y el viejo Alí, absorto en sus recuerdos, no vio llegar la oscuridad. Sin prisa lleva su sillón adentro y enciende las luces de la tienda.

En el frente, empiezan a revolotear los insectos atraídos por los nuevos tubos de neón que anuncian el definitivo nombre del almacén: «Luz Nocturna».

La casa de las tres piedras

Por supuesto que esta casa tiene su historia, pero no se trata de un cuento de fantasmas y aparecidos. Aquí vivieron personas de carne y hueso que gozaron y sufrieron, tal vez en mayor medida que otras, pero eso no las hace diferentes de los demás mortales.

El primer dueño, el que la mandó construir, fue un hombre honrado y trabajador que un día tuvo la mala suerte de ganar la lotería. Al encontrarse de golpe en posesión de una gran fortuna, creyó que sus problemas económicos habían terminado para siempre. Lo primero que hizo -honesto como era- fue saldar una pequeña cuenta que tenía pendiente con el prestamista Lamartine, que a veces lo sacaba de apuros, aunque no en forma desinteresada, desde luego.

Ya limpio de deudas, el buen hombre prometió a su esposa que nunca más los angustiaría el no poder pagar a tiempo el alquiler de la vivienda; emplearía el premio en una hermosa casa, acorde con su nueva condición. Como no tenía práctica alguna en ser rico, pidió consejo a Lamartine, que era el único millonario que él conocía.

El usurero con el dinero ajeno era espléndido: le aconsejó paso a paso sobre la conveniencia de una buena ubicación, la calidad de los materiales, y le recomendó incluir detalles del buen gusto de la época, como cristales biselados, con iniciales, revestimiento de mayólicas y muebles importados de Francia. «Todo es inversión que con el tiempo se valoriza», le engañaba el muy astuto, logrando contagiar su entusiasmo al flamante propietario. Cuando éste se dio cuenta de que, por ejemplo, la piscina de mármol como un baño romano era una excentricidad, ya debía más de lo que tenía. Los préstamos que le hacía Lamartine se fueron sucediendo unos a otros, el siguiente para amortizar el anterior, en una cadena interminable de pagarés que lo dejaron más pobre que antes del gran premio. Acosado por los acreedores y totalmente a merced del agiotista, terminó en el suicidio.

A cambio de saldar los acuciantes compromisos, la viuda y el pequeño hijo del frustrado millonario cedieron la propiedad a Lamartine, quien con astucia había dirigido la construcción a su gusto, sin que le costara un centavo. Hasta le convenían las iniciales del frente, coincidencia que no había descuidado cuando sugirió grabarlas.

Todo en regla, con títulos y planos, al poco tiempo y sin ningún remordimiento, Lamartine y su familia se instalaron en la casa.

El viejo Lamartine, calvo pese a los ardides de un complicado peinado, de ojos pequeños e inquietos como ave de presa, era odiado por algunos y despreciado por todos. Eso nunca lo había preocupado mucho, pero ahora que sus hijas se acercaban a la edad de merecer un buen partido, estaba tratando de adquirir cierta consideración social.

Lo primero fue disimular su vil comercio con la fachada de una respetable financiera e inmobiliaria. En el fondo, sus actividades seguían siendo las mismas, pero parecía que al ser encaradas en forma empresarial, la sociedad no las encontraba ya tan reprochables.

Confiaba Lamartine en que pronto olvidarían sus oscuros comienzos, los tristes casos en los que inevitablemente uno se ve envuelto en este negocio y, sobre todo, que ya no le

enrostrarían el oprobioso mote de «vampiro», como más de una vez habían hecho, incluso en presencia de sus hijas.

Empezó a ocuparse de algunas entidades benéficas y aparecía en sitios concurridos con una mano metida en el bolsillo del chaleco para dejar al descubierto una gruesa cadena de reloj, mientras fumaba puros importados.

No obstante, jamás alcanzó en vida la dignidad que buscaba, pero al menos con su muerte mejoró bastante su reputación.

Al deceso del señor Lamartine, los periódicos (en los que habitualmente aparecían anuncios pagados que tentadoramente ofrecían «dinero contante y sonante en este mismo instante») publicaron encomiables notas necrológicas recordando las excelsas cualidades personales del llorado benefactor de la comunidad.

Las tres hijas del viudo Lamartine, sus únicas herederas, recibieron el legado de un productivo negocio que crecía en proporción inversa a las malas épocas de los demás.

Pero las señoritas Lamartine, pese a la hermosa casa que habitaban y a la fortuna de la que podían disponer, parecían unas pobretonas de barrio. Su único entretenimiento eran las películas policiales que en forma gratuita exhibía los jueves el centro cultural francés. Ellas las disfrutaban, no por un rasgo de intelectualidad, sino por mera afición, puesto que una vez habían ido un miércoles, día dedicado a los filmes históricos y de amor, y se aburrieron enormemente.

Por lo general llevaban una vida reclusa, austera y rutinaria; eran ricas vergonzantes, que escondían su complejo de inseguridad abroqueladas en una maldad manifiesta. Y de esto se comentaban vanos casos: no faltó quien viese cómo un mendigo que intentó guarecerse de la lluvia bajo el portal de la casa, fue disuadido con un baldazo de agua fría. También hubo testigos la vez que otra de ellas, con el mango de una escoba, con certeros golpes terminó con las nueve vidas de un gato, presunto protagonista de bullangueros encuentros nocturnos en el tejado. Y alguien contó que un día, al cruzar la plaza cercana, la que sería tal vez la menor de las hermanas, con las uñas hizo estallar el globo de una niña que, de susto y pena, quedó llorando a gritos.

Por supuesto, podrían ser exageraciones de quienes no las querían por antipáticas, pero algún fundamento tendrían las fantasías del comadrerío vecinal.

Las señoritas Lamartine, naturalmente, tenían nombres propios. Dicen que la madre ya cuando nació la primera quiso ponerle el nombre de una flor, pero el padre, muy materialista como buen comerciante, consideraba que las flores eran perecederas y prefirió, simbólicamente, algo más fuerte, resistente y duradero. De modo que las inscribieron Ágata, Amatista y Ónice. En realidad, fue lo más acertado, no porque fueran bellas como esas piedras, sino por la dureza de sus corazones. Además, por su aspecto, hubiera sido risible que llevaran esos nombres floridos, a no ser que se pensara en los lirios tumefactos que adornan los columbarios.

La naturaleza no había sido, no digamos generosa, ni siquiera piadosa con ninguna de ellas. Nadie podía decir a simple vista quién era mayor o menor, pues las tres parecían igualmente viejas, flacas y sin forma alguna en esos cuerpos cubiertos por vestidos estrafalarios, anticuados y exentos de toda coquetería.

La gente se refería a ellas como «las tres piedras», sin intentar individualizarlas; para qué tomarse la molestia si las tres eran igualmente despreciables.

Demás está aclarar que las señoritas Lamartine eran solteras, irrevocablemente solteras, y ni siquiera podría decirse en este caso que quedarían «para vestir santos», ya que eran ateas y jamás habían puesto los pies en una iglesia.

Una mañana de primavera el pesado aldabón de bronce golpeó tres veces sobre la puerta de calle. Una de las mujeres acudió a abrir y se encontró frente a un hombre joven y sonriente.

-No compramos nada -fue el tajante réspice, pero él, sin inmutarse, dijo con voz sonora y alegre:

-¡Aleluya, hermana! ¡Te traigo las Buenas Nuevas! Escucha la palabra de Dios.

La mujer ya estaba por darle con la puerta en las narices, cuando la mayor de las tres ordenó desde la sala:

-Pase adelante.

Las otras dos se miraron extrañadas. ¿Qué estaba ocurriendo para que Ágata tomara tan súbita e insólita decisión?

Pero indudablemente, si en la vida de los humanos hay momentos en los que una simple actitud puede determinar sus destinos, éste fue, precisamente, el instante mágico que transformó las existencias de las señoritas Lamartine y del enviado del Señor.

Amatista condujo al visitante por el zaguán alicatado de azulejos. El predicador apenas pudo contener el impulso de pasar los dedos por el brillante friso que le llegaba a la altura de los hombros, pero guardó la compostura y entró en la sala donde fue invitado a sentarse, privilegio que jamás tuvieron corredores de seguros, vendedores de enciclopedias ni promotores de urbanizaciones.

Durante algún tiempo, todas las tardes a la misma hora, llegaba el buen pastor con su libro negro bajo el brazo.

A las cinco en punto, el té perfumado humeaba en el samovar; acomodados en una pequeña cesta panera, los scones calentitos esperaban los finos y largos dedos del pastor de almas, que con terrenal flaqueza sucumbía al incitante aroma de la masa recién horneada.

Antes de que terminara el verano, con un trámite burocrático, que no podría de ningún modo llamarse ceremonia, Ágata Lamartine y Ángel Ledans se casaron. No lo creían posible ni siquiera los testigos, el señor Dubois, antiguo contable de la financiera y el anciano médico de cabecera, el doctor Quinet. Este último desde el día en que firmó el certificado de defunción de Lamartine no había vuelto a estampar su nombre en papel alguno, por tanto, lo hizo con pulso tembloroso y rasgos ilegibles.

El contrayente no tenía familiares ni amigos, por eso Amatista y Ónice rubricaron los oficios y lo hicieron con la mismísima felicidad de la propia novia.

Dubois y Quinet, aún perplejos al terminar sus breves intervenciones, salieron moviendo la cabeza con desaprobación y fueron quienes, sin proponérselo, divulgaron la increíble novedad.

-¿Una de las piedras casada? -se asombraban en la financiera.

-¿Y quién es el intrépido galán?

-Un ilustre desconocido.

-¡Ese tipo sí encontró la piedra filosofal! -ironizaba un empleado.

Un costoso viaje, como luna de miel, retuvo a los flamantes esposos alejados de las hermanas por cierto tiempo, lapso que éstas aprovecharon para renovar las cortinas, retirar las desteñidas fundas de los sillones y hacer algunos cambios en la que sería la alcoba matrimonial. Mas si con eso esperaban sorprender a los novios a su regreso, fueron ellas las que quedaron atónitas al verlos en el aeropuerto. Casi no pudieron reconocerlos, a él por su juvenil atuendo deportivo y a ella por su moderno corte de pelo que dejaba los cabellos sueltos y rizados. ¡Y ni hablar de su vestido corto y de estampado atrevido! Luego de los abrazos y los primeros saludos, Amatista y Ónice notaron que el antes adusto rostro de su hermana, con el entrecejo despejado, un poco de maquillaje y una sonrisa radiante, hasta parecía alegre y rejuvenecido.

Pronto, toda la familia fue presa de un furor renovador y las mujeres se embarcaron en una ardua y esforzada campaña de embellecimiento personal.

Lejos de lo que pudiera uno imaginarse, la aveniencia que siempre unió a las hermanas en aquellas épocas de austeridad, con el casamiento de una de ellas se concertó aún más y las tres con gusto se amoldaron a la nueva manera de vivir, gozando de todas las cosas necesarias y de las superfluas.

El preterido libro de tapas negras, protagonista de las primeras visitas de Ángel, cambió vanas veces de lugar, como un objeto molesto que no tiene ubicación, hasta que en algún momento desapareció misteriosamente. Fue un gran alivio para quienes ya no tuvieron que toparse con algo tan incómodo que recordara el fraude, del que jamás se habló y del que todos simulaban haberse olvidado.

Ángel era el hombre de la casa. ¿Quién podría resistirse al influjo de un ángel?

De común acuerdo, sin siquiera haberlo discutido, lo habían entronizado y el mayorazgo de Ágata le fue transferido con todos sus poderes, en forma absolutamente natural. Deslumbradas por su admirable vitalidad y su contagiosa alegría de vivir, complacían sus gustos sibaritas y respetaban como órdenes cualquier sugerencia que él hiciese sobre la conducción de la casa y los negocios.

Como no le faltaba inteligencia, él muy pronto descubrió que los obsoletos empleados de la compañía les hacían perder tiempo y dinero con una contabilidad arcaica y unos anacrónicos sistemas de registro. A ruego de las hermanas, Ángel accedió a asumir la dirección de la empresa, reestructurándola, contratando gente idónea y jubilando a los añosos servidores, como el señor Dubois.

También las necesidades domésticas eran ahora diferentes. Tuvieron que emplear a una asistente para las tareas cotidianas, pues en poco tiempo las actividades se habían duplicado: cuatro veces al día abrir la puerta cochera para que entrase y saliese el señor con el automóvil que acababan de comprar; los trajes del flamante ejecutivo debían ser cepillados y planchados diariamente; los cubitos de hielo y el martini debían estar listos para que las tres hermanas se los sirvieran al amo antes de cenar, junto a la piscina, ahora siempre llena. Al comienzo, las tres mujeres habían rechazado la idea de tener una empleada, una persona extraña en la casa, pero Ángel, siempre convincente, las persuadió. En verdad (y en esto también estaban de acuerdo las tres) ninguna podría, como antes, barrer la acera ni sacar los recipientes de basura.

En ellas se había producido una evidente transformación, además del notorio cambio físico. No era que se hubieran humanizado, no, no se trataba de ablandamiento, pero habían reemplazado su aspecto huraño por una arrogante soberbia.

En lo único que seguían siendo como antes era en que no se relacionaban con nadie; no necesitaban amistades, y ni los clientes ni los empleados que trataban, podían traspasar el invisible cerco que resguardaba la celosa intimidad de esa peculiar familia.

Ángel correspondía a todas esas atenciones de las mujeres de la casa con amabilidades: la revista con recetas de cocina para Amatista, los guantes de jardín para Ónice, un nuevo frasco de perfume para Ágata, o cualquier otra ocurrencia, eran finezas inesperadas que despertaban en las tres hermanas, sensaciones hasta ahora no conocidas. Sobre todo con su esposa, era obsequioso y gentil. Todas las noches, al ir a acostarse, le llevaba a la cama un vaso de leche tibia y espumosa. Ágata tenía el sueño liviano e intranquilo a fuerza de estar siempre alerta a los ruidos nocturnos. Es que ni dormida jamás dejó de ejercer su autoridad, la que por cierto entrañaba un gran sentido de dominación, de pertenencia.

Pero desde que Ángel había asumido las responsabilidades de la casa, Ágata descansaba mejor y dormía profundamente.

Una noche, a punto de beber el amoroso brebaje, ella sintió de pronto una inexplicable repugnancia. No quería en modo alguno desairar a su marido, de manera que sin que él lo

notara, derramó el líquido en el lavamanos del baño y simuló haberlo bebido como de costumbre. Por supuesto, le costó dormirse y lo hizo sólo superficialmente, ya que en sueños volvió a escuchar, después de mucho tiempo, las campanadas del viejo reloj de la sala. Y se fue despertando, recobrando el dominio de aquellas horas que habían dejado de ser suyas. Volvió a oír los ruidos de la calle: un veloz vehículo trasnochador, un insistente ladrido sin respuesta... de pronto, sintió que Ángel, lentamente, para no molestarla, seguro, se levantaba sin siquiera encender el velador. Se quedó quieta, atenta. Con la poca luz exterior que se filtraba entre los visillos, pudo notar que su marido, sigilosamente, salía a la galería central donde convergían todos los dormitorios y volvía a cerrar con suma cautela.

Ágata, aunque asustada, con el corazón latiendo desordenadamente, sofocada y temblorosa, como respondiendo a un reflejo inconsciente, se incorporó de un salto y, sin querer poner atención a un negro presentimiento, entreabrió la puerta. Entonces vio, sin necesidad de imaginar más, la escena que había cruzado por su mente: Ángel entraba en la habitación de Amatista.

A la sorpresa sobrevino el dolor, la desilusión y, luego, el orgullo empezó a generar rabia, odio. Se debatía entre la tristeza y la ira que le causaba esa traición tan vil. Por primera vez en su vida se sentía desamparada, inmersa en un torrente vertiginoso que la arrastraba a oscuras profundidades en las que se ahogaban el pensamiento coherente y el raciocinio.

Cuando su esposo regresó de madrugada, ella fingió dormir. Cerrando con fuerza los puños y apretando los labios, calló.

Calló para no verse humillada por sus lágrimas; calló porque por el momento la única actitud que le cabía para no perder su dignidad -qué absurdo parecía- era simular que ignoraba lo que estaba ocurriendo.

Dura prueba para el fuerte carácter de Ágata fue aparecer al día siguiente ante los traidores. Estuvo a punto de confiarle a Ónice su descubrimiento, pero hubiera tenido al mismo tiempo que confesar su desconcierto, por lo tanto, postergó la confidencia. Con pretexto de un malestar físico, al llegar la noche, se acostó temprano, antes que los demás, y con artimañas se deshizo de la pócima maldita. Esperó pacientemente, acurrucada entre el embozo de las sábanas en simulado sueño, hasta que el audaz tenorio salió de puntillas.

Pero si la esposa engañada quería más pruebas para incriminar al farsano, las tuvo en demasía cuando, para su enorme sorpresa, Ángel fue directamente al dormitorio de Ónice, quien al parecer lo esperaba.

Ahora sí, la cólera había desplazado todo otro sentimiento.

¿Cómo era posible que sus dos hermanas la traicionaran? ¿O tal vez estaban siendo víctimas de un sátiro insaciable y ellas lo ocultaban por no hacerla sufrir? Quiso creer en esa posibilidad. Necesitaba una duda, no podía apresurarse, tenía que calmar su excitación para poder pensar con lucidez; era preciso que se controlara; no podía arriesgarse a incurrir en un error.

Al otro día, durante el desayuno, Ágata escudriñaba a sus pérfidas hermanas que actuaban como si nada pasara. Miraba de soslayo a Ángel, el bello ángel perverso, que había logrado con su capacidad encantatoria extraviarla en un laberinto. Estaba perdida, es cierto, pero cada vez que atisbaba la salida cerraba los ojos porque antes que llegar a una insoportable verdad, era preferible vivir en un embuste.

Y todos se hallaban inmersos en el juego de la mentira: cada participante, tutor de su secreto, en una esquina del cuadrilátero, engañaba y resultaba a su vez engañado; cada uno era, en absurdo dualismo, comediante y espectador de la misma farsa.

Pero todo tiene un límite; no se deben tensar por demás las cuerdas de un violín. La tolerancia de Ágata llegó a su punto final la noche que vio al burlador pasar de largo ante las piezas de sus cuñadas para ir a susurrar junto a la puerta de la doncella. Luego de que ésta dejara entrar al sigiloso visitante, Ágata, aún sin dar crédito a lo que estaba viendo, se acercó a escuchar si había lucha o si la muchacha pedía auxilio. Pero enorme fue su sorpresa cuando oyó risas y luego la voz de Ángel que decía: «Todo está saliendo bien; pronto podremos irnos».

Reprimiendo apenas sus ganas de gritar, Ágata corrió, todo lo silenciosamente que pudo, hasta su cuarto. Creía que de un momento a otro su corazón estallaría. De bruces en la cama, lloró, como no sabía que fuera capaz de hacerlo, con un sentimiento nuevo, diferente al que había tenido en las noches de sus primeros descubrimientos. Una furia incontrolable le hacía bullir la sangre; el estupor le impedía comprenderlo todo, pero empezaba a ver claro. Y logró dominarse, para repetir la comedia del sueño profundo, cuando el infiel regresó a ocupar su sitio.

Las tiernas palabras con que Ángel intentaba despertarla, a la mañana siguiente, le causaron náuseas. Ella no pudo ir al comedor, pero escuchaba desde allí la trivial conversación, el tintineo de las tazas y la cariñosa despedida cuando el villano salió, rumbo a la oficina.

Amatista y Ónice ya estaban por ir a ver a su hermana cuando ésta apareció, seria y tranquila. Con un ademán que intentaba recuperar la severidad que con su pretermisión había perdido, Ágata las condujo a la sala. Con voz altanera ordenó a la mucama que no fueran molestadas y cerró las puertas y corrió las cortinas.

Cuando tuvo a sus hermanas sentadas ante sí, Ágata se puso de pie y les fijó los ojos en tal forma que ellas no pudieron sostener esa mirada de acero que parecía traspasarlas. El aire se había puesto denso, irrespirable, y el nerviosismo empezó a apoderarse de las convocadas.

Por supuesto, fue Ágata la primera en hablar, aunque, extrañamente, las otras no preguntaban nada:

-Tengo algo muy serio que decirles: Ángel nos engaña. Sí, no pongan caras de estúpidas, aunque en realidad lo son, mejor dicho, lo somos las tres. ¡Por favor! No nieguen nada, no es el momento para más mentiras. Lo sé todo.

Sorprendidas, enmudecidas por el temor y la vergüenza, no atinaban a responder. Amatista se movía en la silla que de pronto le resultaba muy incómoda. Ónice había encontrado una motita en el tapete y estaba ocupadísima en frotarla con un dedo.

La voz de la mayor volvió a ocupar el pesado silencio:

-Hace tiempo que descubrí lo que ocurre entre todos ustedes.

-¿Con nosotras? ¿Con las dos? -preguntó Ónice mirando reprobadoramente a Amatista. Y ésta, a su vez, reponiéndose de la sorpresa, dirigió la vista, indignada, hacia la que creía una necia inofensiva.

-Estoy enterada de todo -proseguía Ágata-. Pensaba cobrarme la ofensa de modo que lo lamentaran toda la vida, pero no es el momento de discutirlo. Debemos estar unidas, sucede algo muy grave, entiendan: Ángel nos traiciona con la sirvienta. Y creo que hay algo peor aún: una conjura siniestra.

Gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de Ónice. Lloraba en silencio, de pena, porque ingenuamente había creído en la sinceridad de aquel amor prohibido.

Amatista, por su parte, comprobaba que ella no fue, como creía, la oculta pasión de un amante impetuoso y sus ojos centelleantes se humedecieron por un momento.

La frialdad y lucidez de Ágata le permitían dominar la situación. Sus hermanas ignoraban que a ella ya se le había terminado el llanto y no le quedaba ni siquiera el redolor del sufrimiento.

-Debemos proceder rápidamente; adelantarnos a sus planes y sobre todo, debemos vengarnos.

Ágata había pronunciado el veredicto. Ahora se debía establecer la pena y ejecutar el castigo.

-¿Qué haremos? -preguntó Ónice con desesperación-. ¿Por qué no lo echamos a la calle, como vino, sin un centavo?

-No. Eso es poco. Debe recibir su merecido, como en aquella película de Clément, el cínico Ripois, que se burlaba cruelmente de sus amantes -propuso Amatista-fiscal.

-O como en el film de Chabrol Les noces rouges, donde la expiación llega por extraños caminos...

-Eso es poco. Yo hablé de venganza. La Bestia debe morir -fue la sentencia de Ágata-juez.

-¿Qué sugieren?

-¿Recuerdan Arsénico y encaje antiguo? Esta noche, cuando le sirvamos su aperitivo...

-Propuesta rechazada. El veneno deja huellas. Tiene que parecer accidente.

-¿Y qué les parece Las diabólicas, de Cluzoc?

-¡Eso sí! ¡La pileta, eso es! -dijo el verdugo.

-¿No será meternos en problemas? ¿Y si sólo le damos un buen susto? -proponía Ónice-defensor.

-No hay clemencia para los traidores. El reo debe ser ejecutado.

-Y no olvidemos a la cómplice -dijeron los testigos de cargo.

-Ella podría electrocutarse por imprudencia, tratando de conectar la tostadora, como en aquella película...

Eran otra vez las tres piedras, las tres furias, las antiguas señoritas Lamartine urdiendo maldades.

De pronto oyeron un ruido repetido, como de pisadas sobre los mosaicos del zaguán, seguido de un portazo, e inmediatamente escucharon el arranque de un automóvil que se alejaba haciendo chirriar los neumáticos.

-¡Es Rosa, la mucama! ¡Estuvo escuchando! Pronto, miren en su habitación...

Pero allí no estaba, por supuesto, y no había dejado ni una prenda.

-¡Rápido, llama a Dubois!

-Pero si ha muerto la semana pasada...

-La llave de la caja fuerte, ¡deprisa!, los documentos que hemos firmado...

-Pero si los tiene Ángel...

Y las tres, al unísono, gritaron el nombre amado, con tanta desesperación y tanta rabia, que no se podía distinguir si era una maldición o un ruego:

-¡Ángeeeeeeeel!

Pero el eco del zaguán vacío repitió el llamado, hasta que otra vez se acomodó el silencio.

La muerte anticipada

La historia que voy a relatar ocurrió hace mucho tiempo, en un lugar del campo que hoy se encuentra bastante más poblado. Muchos recuerdan aún el episodio que tuvo por protagonistas a dos hacendados lugareños; otros, los más jóvenes, solamente conocen el caso de haberlo oído contar alguna vez a sus mayores.

Con el correr del tiempo, las versiones fueron teniendo variantes y cada uno repite el cuento como mejor le parece. Lo único que nadie podrá cambiar es el desenlace de aquel drama que ahora me permito narrar:

La estancia «La Inmaculada», de don Teófilo Flores, era la más próxima a «La Santísima», de don Eustaquio Núñez. Por lo tanto, era lógico que ambos estancieros fueran amigos. Esa amistad se había estrechado aún más cuando los convirtió en compadres el bautizo de uno de los hijos de don Eustaquio.

En los remates de hacienda se los solía ver juntos; fornido y majestuoso don Teófilo, delgado y desgarbado don Eustaquio. Jamás pujaban por el mismo animal. A tanto había

llegado la amistad de ambos, que don Teófilo consintió en prestarle a su vecino un toro semental, campeón de su raza, prueba irrefutable de estima entre hombres de campo.

La gente de los alrededores sabía que casi todas las noches de fin de semana el uno estaba en la casa del otro, alternando el papel de invitado o anfitrión, jugando interminables partidas de ajedrez.

Don Teófilo fue quien enseñó a jugar a don Eustaquio. Al comienzo era él siempre el vencedor, porque el discípulo, a veces imprudente, se dejaba tentar por una pieza aparentemente indefensa. En muchas ocasiones, un caballo que venía del flanco cobraba caro la osadía del atacante.

-El ajedrez es un juego de paciencia, compadre -decía don Teófilo. Pero tan buen maestro fue, como perseverante y obstinado, don Eustaquio, que al poco tiempo éste, con frecuencia, ganaba la partida.

-Jaque, compadre.

Y don Teófilo intentaba algunos movimientos más, hasta que su adversario virtualmente lo acorralaba y con verdadera fruición paladeaba la última palabra:

-¡Mate!

La estancia de don Eustaquio no era mucho más modesta que la de su vecino y esto era meritorio si se consideraba que él era relativamente nuevo en la ganadería y no como don Teófilo, quien había heredado el establecimiento de su padre.

Don Eustaquio había comenzado veintitantos años atrás, como capataz de un hombre de la ciudad que tenía el campo como pasatiempo. El infortunado murió tras un oscuro entrevero de abigeato, una de las pocas veces que vino a ocuparse de la estancia. El balazo, que le entró por un pulmón, le salió por el corazón.

Don Eustaquio solía recordar con cariño a aquel primer patrón, y a sus deudos, que fueron generosos con él, porque había sido el hombre de confianza del finado. Y así comenzó su hacienda.

Don Teófilo lo admiraba, porque habiendo empezado de abajo, de la nada, era ahora un fuerte ganadero.

-Somos los únicos honrados, compadre -le decía, cuando comentaban la ola de abigeato y contrabandos que azotaba la región.

Lo curioso era que los cuatreros no los atacaban y ambas estancias sólo eran víctimas de algún robo esporádico de menor cuantía.

-Es por los nombres de nuestras estancias que nos respetan -decía risueño don Teófilo-. Nadie se atreve a robar a la Virgen María.

«Pero cuando las cosas van a suceder, suceden», dijeron después los peones.

Y esto fue lo que aconteció:

Un mensajero desorientado cayó un día por «La Inmaculada» con una esquila que en realidad era para el capataz de «La Santísima». Al comienzo, don Teófilo no entendía nada, pero luego lo comprendió todo. O así al menos lo creyó entonces.

Del mensaje pudo deducir que algo iba a ocurrir esa noche en la estancia «La Tranquera» y que requerían la ayuda del capataz de su compadre.

¡De modo que el capataz de su amigo era cómplice de los cuatrerros! Y se enteraba justito ahora, que don Eustaquio había ido a la capital a comprar vacunas.

Entonces urdió un plan.

Volvió a entregar el mensaje al peoncito indicándole el camino para el que debía rumbear.

-Y no cuentes a nadie que te equivocaste, muchacho, porque te puede costar caro.

No había tiempo que perder. Ordenó que le ensillaran su caballo, se armó de un buen rifle y pidió a su capataz Climaco que lo acompañara. Se dirigieron a la delegación de Gobierno. Contó lo descubierto al comisario y se ofreció a ser de la partida.

-Debemos sorprenderlos «in fraganti» -dijo-. Mi capataz y yo serviremos de testigos.

-Mire que puede ser peligroso, don Flores.

-No se preocupe, comisario. Todos saben que tengo muy buena puntería.

Los soldados y los oficiales fueron en una vieja camioneta. Don Teófilo prefirió seguir a caballo junto a su capataz.

La noche era oscura. El camino que tomaron para no ser vistos era escabroso. Un viento frío les atravesaba el poncho y les calaba los huesos.

Llegaron por fin hasta los matorrales de «La Tranquera». Un grupo de hombres, no muy numeroso, al amparo de las sombras, había cortado los alambres y sacaba animales tan silenciosamente como podía.

La voz de la autoridad quebró el silencio:

-¡Alto! Están rodeados. ¡Tiren las armas y no les pasará nada!

Algunos hombres corrieron; se oyeron tiros de fusil multiplicados por el eco de los cerros cercanos. Un jinete quiso huir; don Teófilo le salió al paso arriesgando su vida.

Pero mejor no lo hubiera hecho. Antes querría haber quedado ciego que haber visto allí a su compadre en persona.

Cuando le pusieron las esposas a Eustaquio, éste miró con odio a don Teófilo y le espetó:

-A usted yo siempre lo respeté. ¿Por qué se metió conmigo? ¡Ya se arrepentirá!

Desde esa noche, don Teófilo ya no tuvo paz. Terribles conflictos de conciencia lo perturbaban. Por momentos se preguntaba si de haber sabido que su amigo era un bandido, lo habría denunciado igual. Pero se daba cuenta de que, en caso de encubrirlo, se hubiera convertido en su cómplice.

¿Era más fuerte su honestidad o su lealtad? Por momentos se sentía indigno de su amigo, que a su manera había sido siempre fiel a su amistad.

Angustiado, recordaba entonces la amenaza con la que Eustaquio se había despedido y no podía dejar de relacionar la muerte de aquel primer patrón con el episodio de esa noche desafortunada.

«Si es un asesino y un ladrón, he cumplido con mi deber», se decía.

Pero no por eso hallaba consuelo. Terribles pesadillas lo atormentaban. Creía estar padeciendo el infierno, pero no sabía él, entonces, que eso sólo era el purgatorio.

A los tres meses -lenta es la ley- Eustaquio Núñez salió en libertad por «falta de pruebas». No fue posible demostrar que las antiguas fechorías se relacionaran con él. En cuanto al delito de aquella noche en la estancia «La Tranquera», no se había consumado y todo se basaba en la denuncia de don Teófilo y su capataz, que al fin de cuentas también se hallaban en el lugar del hecho.

Lo cierto es que ahora, con Eustaquio suelto, don Teófilo tenía otro motivo de preocupación: esperaba la venganza.

Y empezaron a ocurrir cosas extrañas. Al principio parecían hechos aislados, inconexos. Pero estaba seguro don Teófilo de que nada era fortuito.

Una mañana, cuando iba a ponerse las botas, por pura casualidad se le ocurrió sacudirlas primero; del interior de una de ellas cayó una enorme tarántula.

En la estancia, en rueda de mate, el hecho fue comentado como un episodio frecuente y se contaron decenas de casos ocurridos, inclusive hasta con una víbora.

Pero para el patrón, que vivía preocupado, fue un toque de alarma.

La confirmación de sus temores llegó muy pronto. Climaco, su capataz, fue muerto en un montecito, tras una noche de fiesta. Nunca se supo si fue antes o después de la puñalada cuando le cortaron la lengua.

Muy bien sabía don Teófilo que él sería la próxima víctima.

Pero no había de venir tan pronto el desenlace. El sádico asesino -si era verdad lo que imaginaba don Teófilo- se deleitaba en jugar una macabra partida de ajedrez.

El primer paso que dio don Teófilo fue mandar a su esposa a la capital. No quería exponerla a riesgos.

Contrariamente a lo que se hubiera podido esperar de un hombre de su carácter, empezó a replegarse en sí mismo y adoptar una actitud meramente defensiva. Se volvió taciturno y huraño. Sabía que su antiguo amigo conocía sus costumbres y movimientos y se volvió desconfiado.

-Enroque -murmuró.

Cambió de lugar los muebles del dormitorio, puso la cama en lugar visible desde la galería, pero él dormía en otra pieza y con un revólver bajo la almohada.

Comía poco y mal. A horas desacostumbradas se hacía traer un plato de la comida de los peones, pero hacía servir la mesa en el gran comedor.

La silla cabecera de alto respaldo que siempre ocupó don Teófilo a espaldas de la ventana permanecía vacía, pero la cocinera debía cumplir el ritual de traer y llevar fuentes delante de ella.

Una mañana, mientras tomaba su primer mate, le trajeron la noticia de que el toro campeón había amanecido muerto, desangrado por degollación. Igual suerte corrió más tarde su caballo de silla, el alazán preferido.

Mucho dolían estas pérdidas a don Teófilo, pero ya ni valía la pena denunciarlas. Se limitó a encargar a los peones que pusieran algunas trampas para zorros en los alrededores de los corrales, así como candados en los galpones. Aunque él sabía que todo sería inútil.

Don Teófilo se sentía cada vez peor. Sus tormentos habían empezado a obsesionarlo. Escuchaba los ruidos nocturnos en sus largas vigiliass y todo lo sobresaltaba. Una rama mecida por el viento golpeando las ventanas, un galopar lejano o un silbido cortando el silencio eran suficiente para ponerlo en guardia, esperando el impacto de la bala que le estaba destinada.

Ni siquiera la ahora constante presencia de su perro guardián lo tranquilizaba, porque bien sabía don Teófilo que al que debía venir no le iba a ladrar el perro.

Una noche, uno de los establos ardió en llamas. Don Teófilo a la par que los peones combatió el fuego. Pensó que el incendio era un ardid para hacerlo abandonar su refugio, pero igual salió, con la certidumbre de que en medio de la confusión recibiría el balazo final.

Mas no fue así. Cuando la primera luz del alba alumbró los restos humeantes del establo, susurró:

-He perdido la torre.

Pero nadie lo entendió.

Ya había pasado casi un año desde que Eustaquio había vuelto a su estancia. Ahora era asiduo parroquiano del único almacén de las intermediaciones. Pasaba allí muchas noches, fanfarroneando sobre su amistad con las autoridades. Se había vuelto bebedor y pendenciero. Siempre llevaba pistola al cinto y le gustaba mostrarla.

En su presencia, pocas veces se nombraba a don Teófilo, pero cuando alguien lo mentaba Eustaquio cambiaba de semblante y maldecía:

-Ahora me quiere matar, el maldito. ¡Ya va a encontrar su castigo ese Hijo del Diablo!

Estos y otros rumores llegaban hasta don Teófilo.

El buen hombre, envejecido por los remordimientos y por el suplicio de morir a cada instante, decidió que debía poner fin a esa agonía.

Una noche, después de que el mayordomo y su mujer se acostaron, ensilló un caballo y salió de la estancia. La camisa blanca, elegida con tanto cuidado, se destacaba bajo la luna llena.

Luego de andar un rato largo sin rumbo fijo, se dirigió a la cantina del pueblo.

Dejó el caballo atado al palenque y le dio unas palmadas amistosas al animal.

Con paso firme, entró al bar. Todos callaron. En el silencio expectante se oían tintinear sus espuelas de plata.

Buscó con la vista a su victimario y cuando lo halló, se puso delante de él y gritó:

-¡Aquí me tiene, bandido! ¡Máteme de una vez, de frente!

Pero Eustaquio sonreía socarronamente y, aunque nervioso, dijo con estudiada calma:

-Tranquilo, viejo.

Entonces don Teófilo comprendió que él debía buscar su propia muerte, la última, la definitiva.

Desenfundó su revólver e increpó:

-¡Cara a cara, si es valiente!

Se oyeron dos disparos. La bala de Eustaquio dio en el pecho del retador. La bala de don Teófilo, curiosamente, se incrustó en una viga del techo.

La sentencia

Era habitual que el juez Martínez durmiera poco en las noches que precedían a una sentencia. Pero nunca le había ocurrido, como esta vez, que el despuntar de un nuevo día lo sorprendiera en su estudio, sin haber terminado aunque más no fuera el borrador de sus conclusiones.

A esa hora, el silencio y la soledad creaban el ambiente propicio para la meditación, en la céntrica torre de oficinas donde el magistrado tenía su despacho particular, en el decimosexto piso.

Mas esa noche un extraño desasosiego, como un intruso, disturbaba el trabajo de Su Señoría.

Durante varios meses Martínez había estado estudiando este caso, que llegó a obsesionarlo, y no porque fuera complicado precisamente, sino porque en cierto aspecto era complejo. Aunque estos vocablos parecieran significar lo mismo, se referían a cosas distintas. Todo seguía fluidamente el desarrollo normal de los procesos «tipo», no obstante el juez pensaba que eso era sumamente «atípico». «Lo normal es la anormalidad», decía para sí mientras analizaba la situación.

Tenía en sus manos un caso de homicidio calificado, pero que no entrañaba ningún misterio; no existió ocultación de pruebas, desde el comienzo se contó con una confesión de parte y el arma del delito, encontrada en el mismo lugar del suceso, fue debidamente

identificada por el presunto asesino. Tal vez, sí, habría algo no revelado en los móviles del crimen y eso interesaba mucho al juez, pues él no creía en la maldad sin causa.

Lo que le perturbaban y hasta llegaron a crearle conflictos de conciencia eran la edad del acusado y la falta de atenuantes a su cometido. Era un desafío a su raciocinio, entre la imputabilidad y la punibilidad. «En doctrina siempre ha habido dificultades con las definiciones», murmuraba el jurista. Pero no se trataba ahora de una cuestión de palabras, sino de conceptos.

¿En qué etapa de la vida humana puede considerarse que comienza el discernimiento? Este muchachito se hallaba en el límite de años a que se extiende el período de la minoridad que exime de medidas punitivas. Ese era el dilema del juez.

Su Señoría tenía fama de ecuánime y humano; no sólo consideraba las constancias, sino que se sumergía en la realidad viva de los encausados a los que debía juzgar, a quienes él prefería llamar «contraventores». Sin embargo, no podía soslayar que la criminalidad contemporánea y los alarmantes índices de precocidad que la caracterizan urgían imponer severas sanciones como medidas resocializadoras.

El magistrado volvió a repasar sus notas. Puso ante sí el voluminoso expediente, las cintas grabadas con las declaraciones y algunos recortes periodísticos.

Casi todo coincidía en los hechos principales: un adolescente, casi niño, había acuchillado a su padrastro, provocándole la muerte. No hubo riña, ni discusión. El ataque fue sorpresivo y ante testigos que conocían bien a la víctima y al victimario. Según testimonios de personas confiables, el padrastro del menor -que era al propio tiempo su tío paterno- siempre lo había tratado bien; hasta afirmaban que entre ambos existió afecto y camaradería.

El ahora occiso, de acuerdo con las declaraciones, era un hombre de bien, que había asumido las responsabilidades de su hermano, fallecido prematuramente: se hizo cargo de la dirección de la granja familiar y hasta se casó con la viuda, de acuerdo con la ley de endogamia, según él mismo había afirmado muchas veces en el pueblo, para que al niño no le faltara el apoyo de un hogar normal y para poder permanecer allí con decencia, ya que la esposa de su hermano fue una mujer respetable.

Por otra parte, varios allegados a la familia admitieron que en los últimos tiempos el niño ahora acusado comenzó a tener una conducta rebelde, protagonizando actos vandálicos que demostraban una gran inadaptabilidad social.

La débil defensa del parricida no lograba convencer ni a la propia abogada que la había elaborado. El alegato de locura fue desbaratado por el informe del siquiatra criminólogo. Este describió al adolescente como dueño de una personalidad mutable, pero inteligente, además de hallarlo lúcido y maduro para su edad. Destacaba también el siquiatra que el joven era proclive a momentáneos e inesperados rasgos de agresividad (inclusive hacia su propia madre), lo cual revelaba un comportamiento peligroso. El sicodiagnóstico concluía afirmando que el sujeto observado, si delinque, lo hizo en pleno goce de sus facultades

mentales. Su proceder -aclaraba- no se ajusta a «herencia mórbida, ni a causas sociales y su educación y el ambiente familiar fueron normales y equilibrados, sin influencias malsanas o deplorables» que se detectasen en este tipo de estudio.

El juez se acomodó en su mullido sillón, alzó la vista hacia el cielo raso, como si allí estuviera la imagen que quería convocar. Trajo a su memoria las audiencias con las declaraciones del imputado. Recordó que al responder el joven siempre se mantenía imperturbable, sin muestras visibles de arrepentimiento, pero, en verdad, tampoco exteriorizaba petulancia u orgullo por el crimen cometido que, según el fiscal, «había sido consumado con premeditación y alevosía».

El magistrado no podía olvidar ese rostro aniñado, de tez blanca, ojos claros, con un mechón de pelo castaño cayéndole sobre la frente. Trató de alejar de sí todo sentimiento propio. La gran responsabilidad que entraña un tribunal unipersonal imponía al juez Martínez el deber de dictar una sentencia sabia, que probablemente estaría destinada a sentar jurisprudencia.

Revisando los recortes de diarios locales y las grabaciones de las entrevistas, dos datos que habían llamado su atención, ahora lo inquietaban: uno era el reportaje de una conocida periodista, en el que se identificaba al joven delincuente por sus iniciales y por una fotografía, en la que el menor aparecía con una franja negra sobre los ojos. Durante la entrevista, el muchacho alegó que se le apareció un fantasma, o un hombre encapuchado, que le ordenó que matara a su tío-padrastra. Tal declaración nunca fue expuesta en las deposiciones judiciales y sólo sirvió para que la opinión pública, tan pendiente del caso, calificara de mentiroso y fantasioso al entrevistado.

El otro dato marginal que había turbado al juez se relacionaba con algo que oyó en una de las grabaciones. Retrocedió la cinta y escuchó atento, hasta que por fin llegó a la parte que creía recordar. «Quiero dormir», decía la voz salida de la grabadora. «Déjeme dormir», repetía.

A un hombre con la experiencia de Martínez no se le escapaba que refugiarse en el sueño es un común subterfugio del inconsciente para evadir responsabilidades. Pero al juez tanto el manifiesto deseo de dormir como la mención de voces y visiones le sugerían algo que no alcanzaba a precisar claramente; era una idea a la deriva que navegaba por los meandros de su memoria.

De pronto tuvo una intuición; se levantó y fue hasta su biblioteca, no a los estantes donde se alineaba toda su colección jurídica, sino hasta otro librero más pequeño donde había volúmenes de diversos tamaños y con cubiertas de variados colores. Aunque en apariencia esos libros no estaban ubicados en un orden orgánico, Martínez halló lo que buscaba, sin ninguna dificultad. Tomó el grueso ejemplar y sin necesidad de recurrir al índice, con sólo hojearlo un poco, dio con la tragedia de Hamlet.

No pudo sustraerse a la tentación de leer en voz alta, como en sus años de colegio secundario, el monólogo del tercer acto: «¡Ser o no ser, he aquí el problema! ¿Qué más levantado para el espíritu: sufrir los golpes y dardos de la insultante fortuna, o tomar las

armas contra el piélago de calamidades y haciéndoles frente, acabar con ellas? ¡Morir... dormir... no más! ¡Morir... dormir...! ¡Dormir...! ¡Tal vez soñar!»

El centinela hizo su última ronda y apagó las luces de los pabellones interiores. Pronto amanecería.

En su camastro, el recluso N° 1256, sin haber podido dormir en toda la noche, calculó que aún le quedaba algo de tiempo antes de que sonara la campanilla, que a manera de diana los obligaba a levantarse a comenzar otra jornada. La suya no iba a ser fácil. Para él, ésta podría ser la última noche que pasara allí. Dentro de unas horas lo sabría: o le daban su libertad, condicionada a ciertas obligaciones, o lo trasladaban a otra dependencia. La duración del proceso había conspirado en su perjuicio: había superado la puericia. Sólo pensar en el siniestro Penal Mayor lo estremecía.

En la víspera, antes del toque de queda, Bobadilla, el menos temido de los celadores, le trajo un par de pantalones y una camisa limpia y le recordó: «Mañana a las nueve, eh».

¡Como si él pudiera olvidarlo! ¿Llegaría el fin de la pesadilla que estaba viviendo sin tregua desde aquel fatídico día en que ajustició a Igor?

En vano trataba de olvidar; su pensamiento, traicionero remolino de aguas bravas, lo sumergía en las profundidades de los recuerdos.

Muchas veces sostuvo lo mismo: no estaba arrepentido de lo que hizo, porque había que hacerlo y a él le correspondía, pero siempre lamentó que hubiera tenido que suceder. ¡Qué no habría dado por tener «una máquina del tiempo» y poder retroceder a la época feliz! ¿Qué tendría que haber hecho y cuándo, en qué instante, para haber evitado la tragedia? ¿Habría sido el día en que descubrió los secretos amores de su madre y de su tío Igor? No, entonces ya era tarde. Tal vez cuando el hermano de su padre llegó para vivir con ellos...

¡Quién hubiera sido adivino! Estaban todos tan contentos que no podría cambiarse ningún detalle de aquel encuentro feliz. Tendría que haber sido antes, quizás en el momento en que llegó la primera carta...

La verdad es que todo cambió desde entonces. El disidente Igor había arriesgado la vida en la fuga, aquella fría mañana en Detskoe Selo, cuando, fingiéndose pescador, con un rústico bote cruzó el lago Ladoga y llegó a las costas de Finlandia. A su audaz escape siguió el peligroso escondite en un consulado sudamericano. Fue entonces cuando comenzaron a llegar las noticias.

Pero si su tío fue valiente, también lo fue su padre Iván se expuso a duras represalias al dar asilo a su hermano, un hombre que venía de atrás de la Cortina de Hierro. En aquellos días las barbas no eran bien vistas por el gobierno militar y menos aún si quien las llevaba hablaba en ruso.

La llegada de Igor fue un verdadero acontecimiento familiar. Cómo olvidarlo. Estrafalariamente vestido, con un gastado bolsón como único equipaje y una balalaica colgada del hombro, irrumpió en la vida de aquella gente que era suya, de quienes sólo conocía a su hermano Iván, aunque apenas lo recordaba, después de tantos años de separación.

Pronto simpatizó con su sobrino, un niño amistoso e inteligente, de quien empezó a aprender el idioma, y él, a cambio, le enseñaba el suyo con los versos de las canciones que interpretaba en su sonoro instrumento.

En aquellos días, para el sobrino, el tío era un pintoresco personaje: un viejo cosaco que reía a carcajadas estentóreas y tomaba ron sacando el corcho de la botella con los dientes. Su fuerza era impresionante; nadie lo aventajaba en destreza y maña para sacrificar los cerdos para la fabricación de los embutidos, como si toda la vida hubiera faenado con cuchillo.

Con el tiempo, el niño se dio cuenta de que, en realidad, Igor sólo tenía cuarenta y cuatro años y unas irreprimibles ganas de vivir y disfrutar esa vida nueva que se le brindaba en la granja de su hermano. Y el niño empezó a quererlo, casi tanto como queda a su propio padre.

Pero esos recuerdos felices no eran sino los caminos conductores para llegar a aquello que pretendía olvidar.

¡Cuánto lloró cuando comprendió lo que estaba ocurriendo entre su madre y su tío! La sorpresa del descubrimiento se diría que lo maduró de golpe. Resolvió que con lágrimas no solucionaría nada y decidió comportarse como un hombre encarando los hechos: enfrentó a los adúlteros, los amenazó con contarle todo a su padre, a menos que Igor desapareciera para siempre, evitándole así a Iván el dolor de la doble traición.

Pero él mismo también fue traicionado. Además de la desilusión que significaba el hecho de que su madre se comportara como una vulgar mujerzuela, lo hería la artera conducta de su tío, a quien todos habían ayudado tanto. Imaginaba lo que significaría para su padre saber la verdad; por eso le dio una oportunidad al villano cuando le pidió que se fuera.

Pero Igor no cumplió el plazo ni sus promesas y, lo peor aún, las citas de los amantes se repitieron. Una siesta los oyó hablar en el establo, y creyó escuchar algo así como «hay que sacarlo del medio». Y empezó a sentir miedo.

Su vida se convirtió en un infierno. Le era inaguantable el peso del secreto y le era insoportable el dolor del agravio. Comprendió que, por su propia seguridad y sobre todo por el honor de su familia, no podía dilatar la confesión. Se dispuso a contarle todo a su padre, el fin de semana, cuando salieran juntos a pescar.

Pero ese momento no llegó jamás. Iván, un hombre fuerte y saludable, de pronto enfermó de gravedad. A los pocos días falleció a causa de una aguda intoxicación que contrajo por la ingestión de fiambres fermentados.

Todos parecían estar consternados. Igor trataba de consolar a su sobrino, prometiéndole que no lo dejaría desamparado, y la viuda lloraba descontroladamente. Pero sólo se trataba de otra vil patraña, que quedó en evidencia cuando el niño comprobó que los encuentros amorosos continuaban. Pensó huir de la casa; ya no soportaba los cuidados de su madre y le repugnaba la actitud paternal de Igor. Hasta que el odio, como un ácido, comenzó a corroerlo por dentro y empezó a descifrar lo que realmente había ocurrido: los perversos traidores habían asesinado a su padre.

Odiaba a su madre y la aborreció aún más cuando ésta, pretendiendo así lavar su afrenta, se casó con su despreciable cómplice. Si él no los denunciaba era por mantener el respeto que todos guardaban por la memoria de su padre. No hubiera podido tolerar que alguien se burlara de aquel hombre que siempre le había enseñado que se debía vivir con dignidad.

Y entonces comenzaron las pesadillas. Soñaba que su padre quería decirle algo, y él intentaba, a su vez, revelarle el secreto. Hasta que llegó el momento en que tuvo que hacer lo que debía, porque nadie más que él podría vengar la muerte de su agraviado padre.

Ahora ya estaba hecho y a nadie le confesaría el motivo. No le importaba que pensarán que él era un asesino, o un desequilibrado mental. Tal vez lo fuera... ¿lo soy o no lo soy? ¡Vaya problema!

Epílogo:

El amanecer de ese diáfano día de octubre era prodigioso. El juez abrió los ventanales para que nada, ni siquiera el cristal, interceptase ese maravilloso espectáculo. Contempló el horizonte desde esa privilegiada altura y mentalmente expresó un deseo: que su sentencia surgiese con la misma naturalidad con que el sol salía de la negrura de la noche, disipando la oscuridad. Aspiró profundamente y regresó a su mesa escritorio, a trabajar.

El juez Martínez estaba satisfecho con la decisión que había tomado. Se sentó frente a la pantalla de su ordenador y con silencioso tecleo grabó sus conclusiones y su dictamen. Pronto vendría su secretario y encontraría las indicaciones para la confección de la sentencia. Tomó su llavero, apagó las luces y se dirigió al ascensor.

Cuando salió a la calle, ya era de día. Se levantó las solapas de la chaqueta porque la mañana aún estaba fresca. Había resuelto caminar hasta su casa, para descansar un poco antes de ir al tribunal.

«Creo que es una buena idea», se dijo y él mismo se sorprendió de su frase, pues no sabía si se refería al hecho de ir andando o a los términos que había dado a su sentencia definitiva. Y sonrió.

De todos modos, en ambas decisiones, estuvo acertado.

El final de la odisea

Ajeno e indiferente a la tragedia de los hombres, aquella mañana de marzo de 1870, puntualmente, el sol empezó a asomar por detrás de las colinas. Sus primeras luces fueron haciendo visibles unos malformes bultos que habían amanecido tirados sobre la tierra, que no eran sino despojos humanos, algunos aún vivos y otros ya difuntos.

Ese día, en el confín de la patria, en el que habría de ser el último campamento, antes de que llegara el ocaso, el enemigo cerraría un lustro de adversidades y desventuras, con la muerte del hombre que había estado persiguiendo, ese hombre -héroe o villano- común mortal con ínfulas de Dios.

Entre los pocos sobrevivientes, Eliseo Lahaye juntó sus pocas fuerzas en un desesperado intento de resistencia cuando llegó la última batalla, pero al ver caer herido al que decía que «moría con su patria», comprendió que ya no sería útil una valentía absurda y optó por la vida, en una ignominiosa pero salvadora retirada.

La luz final del día aún alumbraba la llanura cuando Eliseo se internó en los montes cercanos y, a causa de la gran debilidad, pronto cayó exánime. Todavía inconsciente lo recogieron los indígenas que siempre merodeaban la retaguardia.

Las mujeres de la tribu lo abrigaron con pieles de animales y le dieron de beber tibios brebajes en vistosas calabazas.

El guerrero herido deliraba; en sus sueños llamaba a Petronila, su querida esposa, y a Teófilo, su hijo pequeño: «¡Tengo que llegar a Itauguá!», decía enloquecido por la fiebre y se quería incorporar. Pero, por orden de la curandera, las mujeres con celo lo cuidaban y se lo impedían. Al cabo de un tiempo, recobrado el vigor, impaciente por llegar a su pueblo, convenció a los indígenas y emprendió la marcha hacia el sur, encomendándose a todos los santos.

La guerra había concluido; la triple alianza enemiga escribía «sus páginas de gloria sobre los cadáveres de los vencidos», último capítulo de la historia que había comenzado con la obstinación del tirano que arrastró a su pueblo al exterminio.

Un largo calvario fue el regreso, con penurias de fatiga, de sed y de magra pítanza de limosna.

Eran leguas de polvo colorado bajo el sol ardiente o de barro resbaladizo si llovía. Eliseo tuvo que desandar el camino diagonal de la tragedia, que él mismo y otros esquivados de la muerte, a paladas furtivas, habían ido convirtiendo en cementerio.

¿Cómo olvidar el pasado -ya nunca podría- si todo estaba signado por el horror y la derrota?

A su paso hallaba los estragos que dejaron las huestes invasoras, la miseria de las fantasmales ciudades evacuadas, con sus casonas mutiladas por la violencia y el saqueo. Como en una plegaria musitaba: «¡Dios mío, Dios mío, ¿qué habrá sido de mi familia, de mi chacra, de mi hacienda?».

Hecho un mendigo, con sus heridas mal curadas y el uniforme en andrajos, iba Eliseo hacia su meta incierta. Era largo el camino, pero el recuerdo sabe acortar distancias y la imagen de su casa, de su pueblo, de su gente (que a veces quería desdibujar el tiempo), se recreaba con fuerza en la memoria.

Cada tanto se encontraba con grupos de mujeres y niños, y Eliseo ayudaba en la labranza o a mover alguna carga, a cambio de comida y de posada. Preguntaba mucho, pero él contaba poco, temeroso de ser reconocido.

Muchas veces releía la última carta de su esposa, llegada antes de que se cortaran las comunicaciones: «Te extraño mucho, te esperaré toda la vida si es preciso. Todavía no recibimos orden de evacuar, pero aunque así fuera, cuando todo termine, te estaré esperando en nuestra casa. Ayer comencé a bordar el mantel para el banquete del regreso. Teófilo está bien, lo cuido mucho. Cada día se te parece más. Está por cumplir los siete años».

Las lágrimas y el manoseo de un lustro iban deteriorando aquella carta, pero el soldado la guardaba como un relicario, sobre el pecho, en un bolsillo de su rotosa guerrera.

Él también había hecho una promesa a su fiel y paciente esposa cuando fue movilizado. «Voy a volver con vida -le dijo- con la ayuda de Dios y de la Virgen», agregó poniendo sus dedos en cruz sobre los labios.

Y el protegido de los dioses llegaba por fin a Itauguá, su pueblo natal, donde había sido tan feliz.

Con intensa emoción fue reconociendo antiguos lugares. Inquieto, sin admitirlo, temía llegar a su casa y no encontrar lo que al partir había dejado.

Pasaba una mujer con un canasto en la cabeza y Eliseo, saludando la detuvo e indagó.

«Ahora ya casi todo es normal -contestó la vendedora de naranjas-. Aquí mismo no hubo batalla, pero hubo mucha desgracia, igual».

Con muestras de dolor contó la mujer que un destacamento enemigo había acampado en las cercanías y que los soldados robaron cuanto quisieron, en ese pueblo sin hombres, defendido por mujeres tejedoras que alternaban la labranza y el bordado. No fue sólo por piedad que no las mataron, sino porque eran buenas labradoras e industrias y los invasores se alimentaban de sus huertas, de sus dulces caseros y de las aves de sus corrales.

Más adelante, ya cerca de su casa, encontró a un mendicante ciego y Eliseo, fingiéndose forastero e ignorante, le preguntó si conocía a la familia de Lahaye.

Le respondió el lugareño que creía que el señor había partido para la guerra sin retorno, pero sí sabía que la esposa, su hijo y la criada seguían en el pueblo, como siempre.

Recordaba el itaugüeño que esa casa, en la época feliz de la bonanza, fue la mejor, la más noble y que en la fiesta de la boda de Eliseo, el unigénito, con la más bella muchacha del lugar, él mismo había asado las reses del banquete.

Más quería saber el ex-soldado y se animó a preguntar por la señora.

«Es una santa mujer -dijo el anciano-, una verdadera reina. La viuda tiene muchos pretendientes, pero ella sigue esperando; no como sus primas, las propias hermanas del Mariscal vencido, que se casaron con los vencedores y se fueron a vivir cómodamente».

Eliseo, henchido de felicidad y orgullo, trataba de fingir casual curiosidad. El viejo vecino, aún sin reconocerlo, lo animó a que fuera hasta la casa a conseguir comida, ya que seguro la señora, siempre ansiosa de noticias, le daba unas galletas con cocido.

Siguió Eliseo caminando hacia su hogar, ahora con paso ligero, impaciente y decidido. Se sacó el poncho, que a pesar del calor de aquel otoño lerdó se había puesto para ocultar su miserable aspecto, y al hacerlo dejó a la vista su flaco cuerpo apenas guarecido por el haraposo traje de combate.

Cuando llegó frente a su casa, su corazón latía aceleradamente y las sienas palpitaban a punto de estallar. Desde la calle vio la antigua enramada del patio enladrillado. El cuadro que tenía ante los ojos se parecía mucho al sueño recurrente durante todos esos años: Petronila, siempre bella, dedicada a su bordado; Teófilo, su hijo, cabalgaba una escoba de ramajes; la criada revolviendo el contenido de una olla y la comadre (sólo un poco mayor que hace unos años) siempre presente, con su niño dormido entre los brazos.

Eliseo no quería romper el hechizo de esa visión, tal vez sólo inventada, pero batió las Palmas atrayendo la atención de las mujeres.

«¿Pueden dar un poco de agua a un caminante?», dijo en voz alta.

La criada trajo un jarro de un cántaro de barro y sin abrir el portón se lo pasó al mendigo.

«Déjalo entrar», dijo el ama compasiva al ver el roto uniforme de la patria, y pensó: «Tal vez traiga noticias de Eliseo...».

Petronila ofreció asiento al pordiosero, sin saber que él era su marido y pidió a la criada que trajera un tazón de mazamorra con canela.

Eliseo temblaba. Petronila curiosa, preguntaba..., pero al mirarlo a los ojos fue imposible no reconocer al ser querido y a él le fue imposible, también, por un instante más, callar que era él mismo, que estaba de regreso.

Se abrazaron en un llanto común y no podían decir al mismo tiempo todo lo que anhelantes pensaron en esa larga espera.

La comadre, conmovida ante esa tierna escena, también lloraba emocionada. Dejó al niño en la hamaca y trayendo de la mano a Teófilo que sin entender miraba, le explicó: «Es tu padre, que vino para siempre».

Diligente la comadre, fiel compañera de Petronila durante el tiempo de soledad y penas, empezó a disponer la casa para el amo. Ordenó una comida substancial y preparó el baño que Eliseo le pedía. Llenó una tina con agua del arroyo, que perfumó con hojas de menta y con azahares. Tras el baño le limpió las heridas con té de hierbas curativas y él se peinó los cabellos con enjuague de verbena.

Rasurado el rostro y con sus ropas de cinco años antes, Eliseo se presentó ante Petronila como un joven pretendiente que desea impresionar a una doncella.

Ella también se acicaló; sobre los hombros se puso una mantilla de encaje ñandutí y se soltó las trenzas, sin saber muy bien por qué lo hacía.

Con las manos enlazadas los esposos recorrían su campo y los corrales. El hijo, feliz, correteaba gritando: «Mirá papá, mirá papá», sólo porque le daba placer poder nombrarlo.

Caminaron, contándose mil cosas, hasta que el crepúsculo pintó de rojo-fuego el horizonte y entraron en la casa a preparar las velas.

Eliseo armó el pesado lecho, que con otros pocos muebles había escapado a la rapiña. Petronila abrió el arcón donde guardaba sus pertenencias y sacó las mejores sábanas, de las que sobraron luego de que la guerra fuera convirtiendo su ajuar en vendas, pañales y mortajas.

Y se hizo noche cerrada. El aire se llenó de luciérnagas y un coro de grillos reemplazó el agudo cantar de las cigarras.

La antigua cama nupcial fue otra vez el tálamo de los amantes reunidos. Recatada y púdica, como en su noche primeriza, Petronila se entregaba al abrazo de Eliseo, anhelando que ese encuentro borrara para siempre todo recuerdo ingrato del pasado.

Brioso y tierno, apasionado y gentil, él quería rescatar aquel idilio destajado por designios del destino. Sus recias manos, que habían matado tantos hombres en combate, eran ahora delicadas recorriendo el cuerpo de su amada. Era feliz sabiendo que ella lo esperó paciente y resignada. Daba gracias a Dios por ser tan afortunado.

Petronila con mil besos le rogaba que nunca más se fuera... De pronto, a la suave presión de las caricias, un tibio maná brotó de sus pezones. Y entonces Eliseo oyó llorar al niño pequeño (que él, ingenuo, creyó de la comadre) y se dio cuenta de que hacía mucho que lloraba, pues la leal servidora no podía ya calmarlo con té de hojas de naranjo ni otros engaños.

Eliseo miró a Petronila y muy despacio, como probando y no queriendo decir lo que decía, murmuró: «Es hora de alimentar a tu hijo».

Y su esposa, con rubor, sin levantar los ojos, sin explicar nada, se fue a traer al niño y comenzó a amamantarlo, sentada en la mecedora de esterilla.

Con recelo, Eliseo se fijó en el tierno infante de pelo rizado y tez oscura y comprendió que su color era el estigma de su origen.

La única ventana abierta dejaba entrar un aire fresco y oloroso. La luz de la vela, a merced de la brisa, bailoteaba en las paredes dibujando fantasmagóricas siluetas. A medida que ardía la candela, iba derritiéndose en el candelero de arcilla, hasta que todo fue sólo cera derramada con un pabilo apenas humeante.

Fue larga la noche, parecía interminable. Eliseo con la cara cubierta por la almohada, fingía dormir, cavilaba, y pasó inmóvil la vigilia.

Y llegó la aurora, finalmente; un nuevo día empezaba para todos.

Se preguntaba Petronila cómo le contaría a su esposo la angustia, el sufrimiento y el oprobio de lo que le tocó pasar en esa guerra. Pero cuando él apareció en el corredor esa

mañana, no la dejó hablar; le besó tiernamente una mejilla y sólo dijo: «Estoy preocupado por mi madre. Voy a verla y a contarle que estoy vivo».

Petronila y Teófilo lo acompañaron hasta el portón del frente, lo besaron y abrazaron fuertemente.

El niño, triste, levantó la mano en un último saludo y Petronila supo, desde el fondo de su corazón lo supo: nunca más vería a su marido.

Regreso al futuro

La brisa fresca del amanecer con el correr de la mañana se fue convirtiendo en un denso aire caliente. Era exactamente el clima que me habían anticipado que tendría en este país, los que me precedieron en el cargo. Esto no me molestaba, sobre todo si me ponía a considerar que en esa misma época parte de Europa estaba cubierta de nieve.

Me sentía profundamente atraído por este continente donde el cielo es más azul y la tierra más roja, donde la gente es más hospitalaria y -esto para mí era importante- donde no tendría problemas con el idioma.

Hacía horas que estaba conduciendo. Me habían hablado de una ciudad de la frontera y tal vez llegara hasta allí, aunque no tenía un propósito determinado. Me estaba acercando a un poblado, pero no encontraba indicador de su nombre, cuando a mi derecha vi lo que parecía ser una cantina o una despensa.

El letrero no decía gran cosa: «Bar - Bebidas heladas», pero bastó para despertar mi sed.

Salí de la carretera y estacioné mi coche sobre el césped que cubría la cuneta, frente a la casa que había llamado mi atención. Sólo entonces, a la fuerte luz del sol, me di cuenta de que las paredes estaban pintadas de un fuerte color rosado. En ese instante tuve la sensación de haber estado antes en ese lugar. Bien lo sabía; eso era imposible. Hacía nada más tres meses que yo había llegado al país y esta era la primera vez que me aventuraba solo por los caminos del interior.

En realidad, más que buscar aventura, lo estaba haciendo por desarrollar el motor de mi nuevo automóvil. Los representantes de la marca me lo habían aconsejado cuando me lo

entregaron y me pusieron en el parabrisas trasero una insignia y un rótulo que advertía: «En desarrollo». Hasta ahora no había tenido dificultades.

Entré al bar y busqué un sitio donde sentarme. El lugar estaba lleno de parroquianos, cosa extraña por la hora, pero en el mismo medio del salón quedaba una mesa desocupada. Noté el sucio mantel a cuadros, con manchas de grasa y migajas de pan; igual me acomodé en una de las dos sillas de plástico que correspondían a esa mesa.

Tuve la impresión de que todos me observaban; traté de ignorarlos. Me puse a mirar el televisor adosado a la pared que tenía enfrente, lo cual convertía mi posición en lugar privilegiado si hubiera realmente estado interesado en ver televisión.

El muchacho que se acercó a tomar mi pedido no tenía chaqueta, ni corbata de moño ni nada que lo identificara como camarero. Luego de preguntarme qué tomaría, agregó:

-¿Va a quedarse mucho?

Extrañado más que molesto le contesté:

-No; sólo tomo el refresco y me voy. ¿Por qué? -pregunté a mi vez.

-Por nada. Estamos esperando el discurso de nuestro líder y va a haber mucha gente aquí.

Me estaba arrepintiendo de haber entrado, la sed ya no me acuciaba, no quería esperar mi limonada, sólo deseaba irme, lo más rápidamente posible. Me empezaba a sentir muy extraño; en ese momento con más fuerza, pero con mayor confusión, tenía memoria del lugar y reconocía como ya vividas esas experiencias, a medida que iban sucediendo.

Llamé al mozo, iba a pagar y marcharme. Pero el muchacho tardaba, los parroquianos lo abrumaban con pedidos y cada vez iban llegando más clientes. Lo notable es que todos se conocían unos a otros, hablaban entre sí en voz muy alta, en la lengua nativa del país de la que yo sólo podía comprender algunas palabras en mi idioma infiltradas en esa confusa conversación colectiva.

El aguardiente corría con generosidad. Por fin llegó mi limonada y le rogué al camarero que me cobrara la cuenta, para poder retirarme sin más trámites.

Pero en ese preciso instante llegó un hombre corpulento, que debía de ser muy respetado -o muy temido, tal vez-. Venía rodeado de custodios y adulones. Todos lo saludaban y algunos hasta aplaudían.

Era inevitable; el hombre me vio y se acercó a mi mesa.

-¿Es suyo el coche que está afuera? -Sin esperar respuesta prosiguió:- ¡Y miren lo que toma: bebida de señoritas! -dijo con sorna. Todos rieron y festejaron la chanza.

-Disculpe, ya me iba -alcancé a decir.

-Eso cree usted. De aquí no se mueve nadie. ¿No va a escuchar el discurso del general? Póngase cómodo, ahora es mi invitado -continuó autoritario-. ¡Julián!, traéle al señor una bebida de verdad.

-Gracias, pero no bebo; soy abstemio -me excusé.

-¿No les dije? Un comunista y para colmo mariquita -dijo él.

Dios mío, ¿esto me pasó ya alguna vez? ¿Por qué lo recuerdo? No. Creo que lo he leído en un cuento de Borges. Eso es, lo he leído. Esto nada tiene que ver conmigo -me dije para tranquilizarme.

Mi imprevisto anfitrión cargaba y recargaba nuestros vasos de «vidrio barato», como diría Borges. Hicimos varios brindis en honor de personajes que yo desconocía, pero que al ser nombrados causaban vítores y aplausos de la concurrencia cada vez más enardecida.

De pronto, la voz estentórea del mandón del pueblo pidió silencio. Hizo subir el volumen del televisor, ahora la pantalla estaba ocupada por la imagen de un hombre sonriente, que saludaba con los brazos en alto y repetía: ¡Correligionarios, correligionarios!»..

Los parroquianos deliraban. La arenga del caudillo televisado merecía más y más bebida. Yo buscaba aprovechar la confusión para escabullirme, pero siempre era descubierto por mi compañero de mesa o por alguien de su séquito. Hasta que en un nuevo frustrado intento de evasión, mi cancerbero me increpó:

-Me parece que usted es nomás opositor, en realidad.

-Sí, sí -gritó alguien-. Tiene luego una calcomanía por su coche que no es del partido.

Era lo que estaban esperando. El alcohol ya estaba surtiendo efecto. El general vociferaba desde la pantalla prometiendo acabar con todos los enemigos de la patria. Y en el bar aullaban de felicidad.

Yo no estaba en condiciones de defenderme. Las últimas parcelas de mi cerebro que aún conservaban cierta lucidez no hacían más que repetirme que todo eso ya lo había vivido.

En un rincón -ah, eso lo recuerdo bien- alguien sacó un cuchillo y se abalanzó hacia nuestra mesa. Pero mi convidador lo detuvo y le increpó:

-No, Marengo, no se atreva, el señorito es mi invitado; el gusto es mío -dijo mientras me hundía su puñal en el abdomen.

Y recordé, entonces recordé que en mi otra vida así había muerto, de esa misma absurda muerte.

Pacto de caballeros

Anoche el hasta entonces tranquilo cielo de octubre de pronto se iluminó con cientos de luces multicolores y el silencio se rompió con el estruendo de los fuegos artificiales.

Mi perro se puso a ladrar, entre nervioso y festivo, y yo, para calmarlo, le palmoteé la cabeza y le dije: «Tranquilo Sultán, son cosas de la política».

En ese mismo instante me sorprendí por la frase que acababa de pronunciar, casi sin pensarla. Se la había escuchado muchas veces a mi padre, cuando yo era aún un muchacho y él quería explicarnos situaciones que mis hermanos y yo no entendíamos bien, como cuando él tenía que ausentarse por un tiempo o cuando venían en plena noche a golpear la puerta de nuestra casona.

El recuerdo de mi padre y de mi infancia me dominó con melancolía y lamenté no tener a nadie cerca en ese momento, para contarle este episodio olvidado que, de pronto, por caprichos de la memoria, había regresado a mi mente.

En aquella época yo era un muchacho de doce años y papá era un semidiós que todo lo sabía y que solucionaba nuestras disputas de hermanos con equidad y justicia. Cuando fui creciendo, aunque siempre le guardé respeto, mi padre ya no me parecía un ser infalible y a veces hasta discutía sus decisiones, ante la indignación de mamá, quien invariablemente estaba de acuerdo con lo que resolvía mi padre. Llegó un momento en el que sus rimbombantes palabras, como «honor», «decoro», «honestidad», «honra», usadas hasta en las contingencias cotidianas, me fueron pareciendo tan exageradas y pasadas de moda como las polainas abotonadas del bisabuelo.

-¡Qué altaneros y soberbios son los jóvenes hoy día! -protestaba mamá. Pero mi padre, pese a su rectitud que lo hacía parecer severo, era también muy comprensivo. «No te preocupes, Rosalía, tu hijo se está haciendo hombre. La juventud es un mal pasajero que se cura con el tiempo; él sólo está ejercitándose a usar sus criterios».

Recuerdo muy bien una de las veces en que estuve en desacuerdo con mi padre, aunque tuve que acatar sus órdenes. Fue respecto a nuestra relación con los Arrambide, vecinos contiguos y adversarios políticos.

Los hijos varones de la familia Arrambide eran un poco mayores que nosotros, los hijos de la familia Benavides. Cada vez que nos encontraban en la calle nos arrojaban piedras y cantaban estribillos burlones haciendo alusión al partido político al que pertenecíamos. Pero, según la opinión paterna, nosotros no debíamos «rebajarnos» a responder del mismo modo a la infame contumelia. Cuando los ataques se hicieron insoportables, luego de

solicitar protocolarmente una entrevista, mi padre visitó al Coronel Arrambide. La visita fue larguísima, pero posiblemente mi padre con su irresistible retórica convenció a su adversario político, pues los ataques cesaron. Habían llegado a un acuerdo. Ya que ambos estaban condenados por el destino a la desgracia de vivir pared medianera de por medio, era mejor mantener una convivencia pacífica y respetuosa. Como única explicación mi padre nos dijo: «Hemos sellado un pacto de caballeros».

«Caballeros», qué ridículo -pensaba yo-, si ninguno de los dos anda a caballo. La palabra sólo sirve para identificar los lavabos masculinos en los sitios públicos, lugares que no son precisamente los más honorables. Pero para mi padre eso significaba que ya no podría quebrantar el acuerdo, y yo como hijo suyo debía respetarlo.

Tanto nuestra casona como la de los indeseables vecinos eran propiedades heredadas de los respectivos abuelos, quienes increíblemente habían sido muy amigos y correligionarios.

Tal vez fuera por esa razón por la que ambas viviendas habían sido construidas como «gemelas», por un arquitecto italiano, entusiasmado con el «art nouveau» de comienzos del siglo. Pero por lo menos tuvo buen tino para preservar la intimidad de las casas, al edificarlas de uno y otro lado de un grueso muro. Nuestro patio miraba al este y el de los vecinos, al oeste. De modo que en la práctica y en el propósito, las dos familias vivíamos dándonos las espaldas.

La aversión que mi madre sentía hacia nuestros vecinos se había mitigado un poco cuando circuló el rumor de que Arrambide se había plegado a un grupo contestatario y ya no apoyaba al gobierno, para no ser cómplice de los últimos atropellos. Si bien eso no convertía al coronel en un aliado, era reconfortante saber que al menos ahora todos teníamos el mismo enemigo: el déspota encaramado en el sillón presidencial.

Todas las noches, antes de acostarnos, papá verificaba que la entrada del frente estuviera debidamente cerrada. Llaves, cerrojos y un madero ya lustroso por el uso eran de su exclusiva e intransferible responsabilidad. Recuerdo que dos o tres veces, en el sosiego de la noche, el pesado aldabón de bronce nos despertó con sus golpes impertinentes. Pero no era costumbre, después del toque de queda, recibir visitantes. Los menores entonces no sabíamos que papá, a través de las mirillas que él había hecho colocar en los postigos, escudriñaba la calle desde la casa a oscuras.

Una noche llamaron con urgencia y los toques, tal vez diferentes o quizás reconocidos por mi padre, lo hicieron acudir presuroso, con una linterna, para no encender las luces. Con una mezcla de curiosidad y temor, mis hermanos y yo nos asomamos a la puerta de nuestro cuarto. Escuchamos cómo se descorrían las fallebas y cómo se sacaba el pesado tarugo y luego una voz apenas audible susurró: «Estoy herido».

Oímos nuevamente cómo todo se cerraba, quedando adentro un jadeo entrecortado con gemidos. Como el haz de la linterna se acercaba, cerramos nuestra puerta y nos metimos presurosos en la cama.

Más que verlo, adivinábamos, por el tip-tap de las chinelas de mamá por toda la casa, que había una emergencia, pero no nos atrevíamos a salir.

Violentos golpes a la gruesa puerta del frente, seguidos de algunos disparos y estentóreos gritos, nos tuvieron paralizados de miedo por largos minutos. Entonces mi madre entró a nuestro dormitorio. Trataba de aparentar calma, pero cuando nos abrazó notamos que temblaba.

«Mamá, ¿van a entrar?», pregunté angustiado. «No si nosotros no queremos», fue su firme respuesta. Nuestra casa era inexpugnable, ya lo había asegurado papá, pero los golpes y gritos arreciaban.

Mi padre fue al zaguán, revólver en mano, y en ese momento se oyó una potente voz que venía de afuera: «Esta vez no es con usted, Benavides, entréguenos al traidor y no le pasará nada».

«Aquí no hay nadie más que mi familia», fue la firme respuesta de este lado de la puerta. «Váyanse; están aterrorizando a mis hijos».

«Queremos al traidor -repitieron-. Déjenos entrar o derribaremos la puerta -gritó el que mandaba afuera, mientras golpeaban con algo contundente-. ¿Quiere que traigamos un tanque?» -amenazó la voz.

«Un momento, un momento, quiero parlamentar», oímos decir a nuestro padre. «Pido garantías para mi familia -agregó-. Los dejaré entrar si deponen la violencia. Buscarán donde quieran, pero exijo respeto e inmunidad para los míos».

«Le doy mi palabra; soy el Mayor Iñíguez», respondió el de la voz potente.

Anonadados, enmudecidos por el terror, escuchamos cómo mi padre fue sacando las defensas de la pesada puerta, hasta que un tumulto irrumpió en nuestra vivienda.

«Usted sabe bien que el coronel Arrambide es mi adversario político, ¿cómo cree que puede refugiarse aquí?», decía mi padre. Pero evidentemente cada uno de los intrusos ya tenía marcada su consigna. Andaban de a dos. Unos corrieron al patio a comprobar la imposibilidad de que alguien hubiera escalado las altas murallas coronadas de punzantes vidrios; otros inspeccionaban el aljibe minuciosamente y hasta subieron al tejado, mientras los que buscaban en el interior de la casa causaban todo tipo de desorden y no dejaban rincón sin revisar: miraban debajo de las camas, abrían los armarios y levantaban las alfombras por si hallaban la entrada de algún sótano. «Ya les dije que no hay nadie», repitió mi padre, mientras el que dirigía la operación rastrillaje, con una fusta en la mano, observaba atentamente los estantes libreros del escritorio, para comprobar si no eran móviles u ocultaban pasajes secretos, como en las películas.

El Mayor Iñíguez parecía un hombre inteligente, no desechaba posibilidad alguna, aunque tampoco quería exponerse al ridículo. Miraba con desconfianza la enorme y antigua caja fuerte, que desde la época de los abuelos se conservaba en el escritorio; la observaba

como si estuviera calculando si cabría en ella un hombre acurrucado. Mi padre, leyéndole el pensamiento, se adelantó y con movimientos muy tranquilos hizo girar el dial de la combinación. Se abrió la maciza puerta blindada, dejando ver en un estante el pequeño cofre de las alhajas de mamá y, en los otros estantes, archivadores y cartapacios con documentos.

«Por favor, cierre eso, don Benavides», dijo con tono ofendido el hombre de la fusta.

Cuando ya no quedó un solo hueco de la casa sin requisar, el Mayor, muy a pesar suyo, tuvo que pedir disculpas y preparó la retirada. «Usted comprenderá; se trata de un levantamiento contra la paz que vive la nación».

En el momento de salir, con voz de mando ordenó: «A lo Arrambide, otra vez», y agregó por lo bajo: «Hubiera jurado que lo vi entrar aquí».

Papá volvió a cerrar todo, como siempre, pero ahora con prisa. Corrió a su pieza escritorio y volvió a abrir la caja fuerte; sacó las cosas y los estantes movibles y dio tres golpecitos en la pared posterior. Esta se desmontó, dejando al descubierto el pasadizo que comunicaba con la caja fuerte de los Arrambide. Por allí se deslizó, de vuelta a nuestra casa, el buscado personaje de la noche, que no era otro que el Coronel Arrambide, con quien mi padre había sellado «un pacto de caballeros».

A manera de explicación, dijo mi padre: «Son cosas de la política, hijos míos, cosas de la política».

Los fuegos artificiales estaban en su apogeo: el cielo se cubría de increíbles fantasías y las explosiones expulsaban chispas de colores y variados efectos de lucería. Mi perro seguía gruñendo por lo bajo y yo volví a decirle: «Son cosas de la política».

Siesta de verano

Hacía calor. El sol en el cenit abrasaba la tierra y proyectaba una sombra circular alrededor de Obdulia, que caminaba de regreso a casa. El canasto, ya vacío, no iba tan firme como esa madrugada cuando, cargado de bananas maduras, la muchacha lo había llevado sobre la cabeza en perfecto equilibrio. Pero ahora por lo menos le servía de sombrilla.

Obdulia estaba contenta; había vendido toda su mercancía; el rollito de dinero se humedecía entre sus senos púberes. Hubiera regresado cantando si no fuera porque el calor

la agobiaba y tenía sed. Las plantas de sus pies, prematuramente curtidas por los caminos ardientes, apenas aguantaban las ascuas de tierra roja, por lo que Obdulia buscaba el césped de las orillas, para aplacar la quemadura.

Llegó al desvío donde tenía que doblar, cuando la alcanzó una camioneta negra con dos ocupantes. El vehículo frenó a pocos pasos de ella, aventando una nube de polvo. Corteses, los hombres se ofrecieron a llevarla. Ella dudaba; recordaba todas las advertencias y todos los casos que siempre se han contado sobre los desconocidos de las carreteras solitarias. Pero estos eran dos, uno de ellos, ya mayor, parecía ser el padre del otro. A ella eso le inspiró confianza y aceptó, más que nada pensando en la legua que aún le faltaba por andar.

El menor de los hombres bajó para que la muchachita se acomodara en la cabina, tiró el canasto atrás, en la carrocería, y volvió a subir, dejándola a ella en medio de los dos. Reanudaron la marcha. El vehículo iba dando tumbos sobre la tierra sajada por carretas que dejaron sus huellas, un día de lluvia, hondos surcos que el sol se encargó de endurecer.

Pronto empezó el acoso; primero fue un brazo sobre los hombros, como al descuido, luego una mano osada sobre un muslo. El muchacho conducía con la izquierda y exploraba con la derecha la falda floreada. El hombre mayor se le había acercado, tanto que Obdulia podía sentir en su cuello el resoplido de la respiración jadeante. Ella sabía que serían inútiles sus protestas, no obstante, se defendía. Pero el forcejeo sólo conseguía lastimarla. De súbito, la marcha se detuvo; habían hallado un frondoso árbol a cuya sombra podían acampar. Los hombres bajaron y comenzaron a tirar de los brazos de la muchacha, cada uno hacia su lado, hasta que finalmente llegaron a un acuerdo de turnos y entonces el uno ayudó al otro.

La niña, asustada e indefensa, con su llanto incontrolable y una desesperación rayana en el pánico, parecía más pequeña aún. Invocaba a los santos, llamaba a su madre, aunque estaba segura de que nadie la oiría. Escapar era imposible, pero en un último intento tuvo una idea que se le ocurrió sería salvadora: ¡el dinero! Lo sacó de su escondite y, mostrándolo, prometió a los hombres entregárselo si la dejaban ir. Ambos se miraron, rieron a carcajadas que sonaron siniestras; chocaron las palmas en cómplice alegría y arrebataron el fajo de billetes de las temblorosas manos, antes de abalanzarse sobre la muchacha.

Obdulia llegó a su casa al anochecer, socorrida por un piadoso vecino que la encontró en la carretera. Estaba maltrecha, con la ropa destrozada, sucia de tierra y sangre. No traía ni siquiera el canasto vacío. Su madre, al verla, se santiguó y corrió a su encuentro. La abrazó fuertemente contra su pecho y no pudo evitar el recuerdo de otra siesta calurosa, catorce años atrás, cuando ella -igual que Obdulia- regresaba del pueblo, luego de haber vendido un canasto lleno de tomates maduros.

La cuentística de Dirma Pardo es de un registro múltiple y comprende variados temas. Sus dotes de narradora la capacitan para encontrar el estilo exacto: el adecuado para cada uno de los argumentos a ser desarrollados por su caudalosa imaginación. En puridad debemos decir que ella maneja diversos «temples» literarios: el policial, el fantástico, el melodramático y el altamente literario. Hay cuentos que crean suspenso y que tienen desenlace súbito, como Baldosas negras y blancas; La infiel, y otros. Algunos relatos tienen una estructura y un desarrollo de tipo borgiano, como en el caso de La muerte anticipada. Por otra parte, tenemos los cuentos «tramposos» donde se engaña al lector hasta el final inesperado, basado en una falsa expectativa o errada suposición del lector. Como ejemplos podemos citar La mala vida, donde la prostituta es en realidad un travesti, o El suicida, en el que el rival del novio de la madre es el propio hijo, Carlitos. También podemos incluir dentro de esta vertiente al titulado A las 7 de la tarde, donde una ciega es la protagonista de un juego altamente visual. En fin, no faltan los jocosos o pícaros, como El sombrero de Jipijapa o Flores en el Banco Central, donde se manifiesta el fino sentido del humor de la autora.

Una de las modalidades mejor explotadas por Dirma es aquella basada en temas arquetípicos de la literatura universal, como el de Ulises y Penélope. En el cuento El final de la odisea, un poco a la manera de Joyce, se transporta el tema de Homero a la época de la Guerra del 70 y Eliseo (que así se llama el héroe paraguayo) pasa por peripecias semejantes al modelo griego. Ahora bien -nos aclara la escritura-, «Odiseo era divino, Eliseo solamente humano».

Entre los relatos más acabados se encuentra uno, La casa de las tres piedras, bastante extenso (casi 20 páginas) que describe -con gran dosis de suspenso- las andanzas de un personaje maquiavélico y que, además, es una especie de saga de la familia Lamartine. Las dotes narrativas de la Pardo aparecen aquí en su máxima expresión, creando una trama y un desenlace de novela policial de rango literario. En El almacén cambió de nombre, encontramos una extraña historia de amor que roza lo melodramático. Los personajes están delineados con acierto caracterológico (el turco Alí, Damiana, el forastero), creando una atmósfera acorde con los distintos episodios burlescos de la narración. El final, inesperado, satisface plenamente al lector, quien termina simpatizando con los personajes y espera un final feliz.

Así como Dirma se ha inspirado para algunos de sus cuentos en la literatura griega, existe uno llamado David y Betsy, cuyo argumento procede de la Biblia. Se basa en el adulterio del rey y es trasladado a nuestra época. El profesor Rodríguez-Alcalá, en el prólogo del primer libro de Dirma: La víspera y el día, después de aclararnos que se trata de Kennedy y su amante (una actriz célebre) nos dice lo siguiente: «Admirable adaptación de un relato milenario a la vida de hoy o, mejor, a la de ayer no más, en un mundo de sucesos televisados que llevan finalmente a la muerte a esta nueva, desdichada Betsabé».

Volviendo al análisis de los cuentos del segundo libro de la Pardo: Cuentos de tierra caliente, donde -como su nombre lo indica- suceden hechos típicos de las zonas tropicales (como lo es nuestro país) donde el sempiterno tema político -con sus tejes y manejes- es el protagonista principal. El tema de los «allanamientos» y persecuciones de tinte policíaco aparece en Pacto de caballeros, detallado con conocimiento de causa. La narradora -como

todos nosotros- ha vivido durante más de 30 años los sobresaltos y arbitrariedades que la dictadura trajo consigo.

En cuanto a la obra *A primera vista*, merece una atención especial. En efecto, el lenguaje de Dirma se vuelve caliginoso -como el ardiente verano del 91- describiendo un paisaje «monótono, una sábana grisácea en la que el camino de tierra, resquebrajado y ardiente, era una cicatriz en el pastizal agostado». La revelación y peripecias de este amor a primera vista, entre dos seres marginales de desigual categoría social, tiene un desenlace casi inverosímil, aunque justificado por el monólogo interior de Dinga -la mujer- que nos aclara lo que va sucediendo en la mente del protagonista, como en un aparte. Este fluir de la conciencia describe los sentimientos de la sirvienta hacia el extranjero de «botas de cuero bruñido» que apenas se fija en ella al llegar a aquel caluroso paraje chaqueño. Nadie osa oponerse a la extrema decisión tomada por Dinga. El simbolismo de las botas -que denotan autoritarismo y prepotencia- es la clave de lo que sucede y el final -con un dejo de fetichismo- revela la verdadera naturaleza de esta pasión desenfrenada y desigual entre el amo y el esclavo. Nos atrevemos a decir que éste es, quizá, el cuento más notable de la colección.

Al final de *Cuentos de tierra caliente* aparece un cuento que reconoce -desde el primer momento- su índole borgiana. La intertextualidad es mencionada por el mismo protagonista, quien sospecha que le va a suceder lo que a aquel conocido personaje de Borges. Intencionalmente, la autora hace una parodia del estilo del gran escritor argentino, situando la acción en un lugar que, sospechamos, es un pueblo de nuestro país. Las alusiones son claras en cuanto a la atmósfera de proselitismo político, al fanatismo partidario y a la aparición de un líder carismático. La absurda muerte del forastero, es la repetición de la que sufriera en una vida anterior, que fue la premonición de la presente. Por medio de un relato fantástico, Dirma Pardo realiza una acerba crítica a la situación política actual y nos enfrenta con un desenlace trágico, fatal.

Para terminar, podemos afirmar que en *Cuentos de tierra caliente* se hace patente la madurez de la escritura a través de un dominio, cada vez más eficiente, del lenguaje narrativo y de la creación de situaciones dramáticas originales de lograda expresividad.

Oswaldo González Real

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

